

B I L A N

Bulletin théorique mensuel de la
Fraction de Gauche du P. C. I.

BOLETÍN TEÓRICO DE LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA DEL P.C.I.

BILAN Nº 6, ABRIL DE 1934

PRIMERO DE MAYO DE 1934

Guerra o revolución: estas son las ineluctables alternativas que se desprenden de las situaciones correspondientes a la época en que vivimos. En 1914, la traición de la Internacional Socialista –última etapa de la política reformista– permitió que el capitalismo desencadenara la guerra, que llamara a los proletariados de los diferentes países a degollarse mutuamente en un momento en que las contradicciones del régimen burgués ya habían hecho surgir las condiciones que permitían desencadenar el ataque del proletariado internacional por la victoria revolucionaria.

En 1917, en Rusia, donde el partido bolchevique –fundado y construido al precio de largas y profundas luchas teóricas y políticas– se había preparado para suceder al régimen capitalista, el proletariado supo darse su guía y la victoria de Octubre de 1917 supuso el fin de la matanza mundial. Los proletarios de todos los países, en las trincheras y armados, reconocieron la insurrección de los obreros rusos como una victoria de su clase y se dieron cuenta de que esa era la vía que debían adoptar; primero en Alemania y Austria y luego en el resto de países, rompieron los lazos de sangre que les unían al enemigo capitalista, imponiendo así el cese de la guerra.

Pero excepto en Rusia, en ningún país existía un partido comunista, y este no se podía improvisar de golpe. Sin este guía, los movimientos y las revueltas de las masas tenían que desembocar necesariamente en toda una serie de derrotas cuyas consecuencias aún sufrimos hoy en día: las prisiones repletas de proletarios, los asesinatos en masa, el triunfo del fascismo, la democracia de plenos poderes, el hambre que pasan millones de parados, la reducción de los salarios y la destrucción de unas conquistas que eran el fruto de cincuenta años de luchas sangrientas contra la opresión capitalista. Las victorias del capitalismo son otras tantas victorias del régimen de la guerra contra el régimen del proletariado, que es la única clase que puede fundar la nueva sociedad comunista, enfrentarse a la sociedad burguesa y destruirla.

Toda esa serie de derrotas que se produjeron durante la posguerra nos han traído a la situación actual, en la que vemos como aparece de nuevo el fantasma de la guerra. Sólo si tenemos una perspectiva real de la terrible situación en la que vivimos seremos capaces de convertir las manifestaciones del Primero de Mayo en una ocasión adecuada para retomar el movimiento proletario hacia la revolución, que es la única alternativa que nos puede librar de la otra posible salida: la guerra.

¡PROLETARIOS!

La derrota del proletariado alemán arrastró en este torbellino incluso a la Internacional Comunista, el organismo que el proletariado mundial había construido para que le guiara hacia la victoria en el mundo entero. Recientemente, en Austria, cientos y miles de obreros han preferido luchar y morir antes que abandonar, respondiendo con las armas a los cañonazos y los bombardeos. Pero la señal de alarma que han lanzado a los obreros del resto de países no ha servido de nada: la Internacional ya no es un organismo proletario, ha abandonado a los obreros austriacos, ha permitido que la huelga general de Francia permanezca ajena a la revuelta que se estaba produciendo en Viena, Linz o Graz.

Rusia, el Estado proletario que se fundó en 1917 para concentrar la lucha de la clase obrera mundial, ha inaugurado su política contrarrevolucionaria del “socialismo en un solo país”, tras haber expulsado a la izquierda marxista en 1927. El reformismo de preguerra, que decía al proletariado que había que penetrar

gradualmente en el seno del Estado capitalista, preparó la traición de 1914. El centrismo, con la política del socialismo en un solo país, prepara una nueva traición, diciendo ahora al proletariado que el Estado proletario que hay que penetrar progresivamente en el seno del sistema capitalista mundial.

Para salvar al Estado obrero, el centrismo ya no se apoyará en las luchas proletarias, sino que pedirá ayuda al capitalismo para que la industrialización de la URSS se pueda desarrollar con éxito.

Unidos entre sí indisolublemente, se van desarrollando los dos elementos principales de la situación actual: el aplastamiento del proletariado de todos los países y, como contrapartida, el éxito de los planes quinquenales; y así el capitalismo va ganando progresivamente para su causa al Estado obrero, que celebra sus éxitos industriales mientras el centrismo coloca a los proletarios de todos los países al margen de su movimiento clasista, en una línea que lleva a la derrota y la catástrofe, dirigido por los comités fantasma de Ámsterdam, de Pleyel, del 1º de Agosto, etc...

Hubo una época en la que el Estado obrero era fiel a la política revolucionaria y las cosas eran de otra manera. El único apoyo que buscaba aquel entonces era el de la lucha del proletariado de todos los países, y se podía decir que sus victorias eran también las de los obreros del mundo entero.

¡PROLETARIOS!

La crisis económica, que ha devastado de nuevo el aparato de producción capitalista, no nos lleva a la liberación de la clase obrera. Esta crisis puede ser una condición favorable para la revolución si los movimientos de revuelta de las masas sitúan al frente a un partido capaz de llevarles a la victoria. En caso contrario, la crisis, que es imposible solucionar dando un nuevo impulso a un capitalismo agonizante, evolucionará hacia la catástrofe de una nueva guerra. Y en esta nueva matanza el proletariado no deberá apoyar a ninguna de las "patrias" en guerra, ya se encuentre bajo un régimen democrático, fascista o soviético, sino que tendrá que luchar simultáneamente contra la patria fascista, la demócrata y la soviética, que se acoplará a una de las dos primeras, dependiendo de cuáles sean las necesidades del Estado ruso.

Sólo si luchamos sobre estas posiciones podremos transformar la nueva guerra en una victoria de la revolución mundial.

¡PROLETARIOS!

Aunque las derrotas, la muerte de la Internacional y las políticas contrarrevolucionarias del Estado obrero, hacen que las posibilidades de que los obreros venzan sean enormemente reducidas, sólo mediante potentes movimientos se puede reanudar el camino que nos lleva a la revolución y nos evite la guerra. Sólo este tipo de movimientos, con su fuerza y su cohesión, pueden acelerar el trabajo de reconstrucción de los partidos del proletariado, trabajo que preparan las fracciones de izquierda de los partidos comunistas.

En este Primero de Mayo, cuando el capitalismo mundial festeja su orgía sobre los escombros de las organizaciones de clase, sobre la desfiguración que se ha producido en el Estado obrero, cuando la burguesía del mundo entero cuenta con poder atar a las masas a su carro para llevarlas a una nueva guerra, las manifestaciones proletarias son el reflejo de esta terrible situación.

La extensión de las manifestaciones demostrará si las masas tienen voluntad para reagruparse alrededor de los sindicatos, sus organismos unitarios, para librar batallas clasistas y defender las conquistas

obreras, pues sólo partiendo de esta base podrán retomar el camino de la revolución, contra la que se levantan, hoy como ayer, todas las fuerzas del capitalismo y todas sus formas de dominio.

¡VIVA EL PRIMERO DE MAYO!

¡VIVA EL FRENTE ÚNICO SINDICAL DE LOS TRABAJADORES POR LA DEFENSA DE SUS CONQUISTAS!

¡ABAJO EL CAPITALISMO!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN MUNDIAL!

LA BURGUESÍA FRANCESA EXPULSA A LÉON TROTSKY

Durante estos últimos días, la canalla periodística de la Francia democrática ha desplegado contra el camarada Trotsky una exaltada campaña de prensa de una bajeza repugnante. El gobierno de Unidad Nacional, desde Marquet hasta Tardieu, ha demostrado que a la burguesía francesa no estaba a gusto con la presencia del que fue uno de los artífices de la revolución rusa: Trotsky acaba de ser expulsado.

Desde que el centrismo le expulsó de Rusia, el que fue compañero de Lenin ha sido objeto de continuas persecuciones por parte de la burguesía internacional. Y a pesar de ello, con un coraje y una energía de acero, Trotsky ha mantenido alta y firme la bandera de la lucha revolucionaria frente a la jauría reaccionaria y centrista que le acosa sin tregua.

Ahora la burguesía le golpea de nuevo, y pone en evidencia las responsabilidades del centrismo, de la burocracia soviética, que no sólo le ha alejado de los obreros rusos, de las conquistas proletarias de las que fue uno de los más valiosos artífices, sino que trabaja junto al capitalismo para que le expulsen de todos los países. Recordemos la actitud criminal de *L'Humanité*, insultando cobardemente a Trotsky y llamando a los obreros a la caza. Recordemos también las presiones diplomáticas de la URSS para impedir que Trotsky se instalara en Dinamarca o en otro país escandinavo. El centrismo sabe perfectamente que sólo la violencia, las privaciones y las amenazas pueden acallar a los marxistas que se obstinan en defender la bandera del internacionalismo proletario. El día en que el proletariado internacional rinda cuentas no olvidará las persecuciones que el centrismo ha hecho sufrir a los militantes revolucionarios. Y saldrá cuentas por Trotsky y por todos los demás. Pero hoy la victoria pertenece al centrismo.

Trotsky es expulsado de todas partes y para él el mundo es “un planeta sin visado”. Las perras del infierno ladran sin parar: “El traidor de Brest-Litowsk” o “el dictador rojo que tiene las manos manchadas de sangre”. Esos son los gritos que vierten incansablemente al francés “medio”. Y su eco se oye aún más lejos, allá donde los gritos contra Trotsky son aún más frenéticos. Pero, precisamente, el pequeño burgués que se deleita con la lectura de los “atrocés crímenes” cometidos por Trotsky en la ciudad de Ker Monique, debería saber que gracias al “tratado de Brest-Litowsk” y a la victoria del proletariado ruso se pudo poner fin a la

matanza capitalista de 1914-18. La revolución rusa aceleró la deposición de armas de los beligerantes y obligó a los Estados capitalistas a poner fin a su masacre de obreros y campesinos. Ciertamente, es completamente lógico que la burguesía actúe contra los revolucionarios, lo detestable es que los obreros comunistas toleren esa actitud centrista con Trotsky. Ya sea mediante el silencio hipócrita o las injurias históricas, eso es lo de menos; el hecho es que, tras haberle expulsado de la Unión Soviética, el centrismo aprueba ahora la campaña capitalista contra Trotsky. Los obreros del partido deben protestar violentamente contra esto. ¡Ya sólo falta que los socialdemócratas “protesten” por la expulsión de Trotsky con el argumento de que eso viola el “derecho de asilo”! Es a los revolucionarios a quienes les corresponde defenderle. Y nosotros, que mantenemos divergencias muy serias con Trotsky, le expresamos nuestra total y plena solidaridad en su lucha contra las persecuciones del capitalismo. Saludamos su trágica vida con respeto y admiración. Este gran revolucionario exiliado, sin medios para defenderse, sigue siendo odiado y temido por los tiburones capitalistas y centristas.

Hace poco se suicidó su hija, perseguida por la policía alemana; ahora se ensañan con él. La tierra no tiene visado para Trotsky, lo cual es demuestrado la terrible derrota en la que vive hoy el proletariado de todos los países. Los obreros comunistas del mundo entero, también los de Rusia, sabrán fijarse en el brillante ejemplo de valentía revolucionaria que representa Trotsky, y estarán a su lado para exigir al P.C. que permita que este viejo jefe comunista vuelva a Rusia para continuar allí su lucha por la revolución mundial.

LOS PROBLEMAS DEL FRENTE ÚNICO

La cuestión del frente único se viene discutiendo desde hace ya diez años en el movimiento revolucionario. Se han escrito volúmenes enteros para difundir una idea que al final cada uno entiende a su manera. Incluso hoy en día hay quien lo presenta (suelen ser aquellos que saldrían perjudicados con el frente único) como el remedio a todos los males que padece la clase obrera, que es incapaz de oponerse a la ofensiva capitalista. Son los mismos que desde la posguerra no han hecho más que arrastrar a los trabajadores al fango de los sucios compromisos mientras clamaban: ¡frente único!, para mantener a toda costa su influencia sobre las masas. Todos aquellos que lo que quieren es actuar a cualquier precio, a pesar de carecer de una perspectiva de los acontecimientos producto de un serio análisis de la situación, también salen al paso gritando: ¡frente único! Nos parece necesario, por tanto, examinar este problema para contribuir a disipar esta confusión, pues a parte de que nuestra concepción del frente único es claramente distinta a todos esos galimatías, podemos apoyarnos en la única experiencia real de frente único que se ha llevado a cabo: la Alianza del Trabajo de 1921-22 en Italia.

Toda postura política es un elemento que forma parte de una determinada situación. Para aclarar la cuestión desde el punto de vista teórico y establecer la solución proletaria, pues, es indispensable recordar en qué situación surgió el frente único y qué objetivos se proponía, para así poder juzgar la solución que se adoptó a la luz de las experiencias sobrevenidas. Fue en febrero de 1922, en el Ejecutivo Ampliado que siguió al III Congreso de la I.C., cuando el frente único se planteó como problema central de la táctica de los partidos comunistas. El III Congreso se celebró cuando ya se había producido una profunda modificación en la situación de los diferentes países: la ola revolucionaria de 1917-20 había refluído debido a las derrotas sufridas por el proletariado, y en Rusia el partido bolchevique se vio obligado a dar un paso atrás mediante la N.E.P. Un análisis profundo de las soluciones que adoptó el III Congreso revelaría que, en aquella polémica, lo que estaba en juego no era saber si para el éxito de la lucha revolucionaria es necesario o no que el partido tenga una influencia predominante sobre las masas. Sin embargo, poco después, las tesis del Congreso sobre la conquista de las masas demostraron que se estaba produciendo una profunda modificación en el mecanismo del funcionamiento interno de los partidos comunistas¹.

En 1917-20 aún no se hablaba de frente único. La unidad de la clase obrera mundial tenía su centro en la Rusia Soviética, donde se fundó la Internacional Comunista con la perspectiva de desencadenar la revolución mundial. En 1921 las derrotas proletarias provocaron un cambio en la situación; en aquel momento nosotros negábamos –como negamos hoy, tanto en lo que respecta a la situación de 1921 como a

¹ En el III Congreso de la I.C. se produjo un debate que puede parecer banal pero que indica que la Internacional tenía ya una cierta tendencia a acercarse a las masas a costa de poner en riesgo los principios. Se trata la cuestión de la conquista de “la mayoría del proletariado” por el partido. Como dice el artículo de *Bilan*, todos estaban de acuerdo en que para el éxito revolucionario “es necesario que el partido tenga una influencia predominante sobre las masas”. Pero la resolución a aprobar hablaba de conquistar a la “mayoría de la clase obrera”. Para la Izquierda Italiana, representada en el Congreso por Terracini, lo importante no era la cantidad, el número, es decir, llegar a alcanzar esa influencia mayoritaria (ni mucho menos que la mayor parte del proletariado tuviese que estar encuadrada en el partido), sino que lo importante era que la influencia sobre la clase llegara a un punto predominante, capaz de “arrastrar a las masas en el momento de la lucha”. En definitiva, que no era una cuestión de cantidad, sino de fuerza, aunque ambas se condicionasen.

Posteriormente, en el I Ejecutivo Ampliado de febrero de 1922, se aprobaron las “Tesis sobre la táctica del frente único” (con la oposición de la delegación francesa, española e italiana), que consideraba a los socialistas como el ala derecha del movimiento obrero e incitaba a los partidos comunistas a ayudarles a llegar al gobierno. En marzo de 1922, en el II Congreso del P.C.I. en Roma, se aprobaron las “Tesis de sobre la táctica”. De aquí data el inicio de las polémicas entre la I.C. y la Izquierda del P.C.I. sobre la cuestión del frente único.

la actual— que este giro implicase que tuviéramos que cambiar radicalmente los objetivos que el partido del proletariado podía y debía asignarse. Las derrotas de 1920, y las que sobrevinieron posteriormente, disminuyeron o incluso anularon la capacidad de lucha de la única clase revolucionaria, el proletariado. Pero eso no suponía ningún cambio, ni para el capitalismo, que permanecía condenado a las convulsiones y los espasmos propios de su decadencia; ni para las clases medias, que siguieron siendo incapaces de adoptar posiciones revolucionarias y autónomas; ni para el partido socialista, que siguió siendo un órgano de dominio burgués; ni para la democracia, que a través de su versión parlamentaria o de la versión reformada de los plenos poderes siguió siendo una forma de opresión capitalista sobre el proletariado; ni, en fin, para aquellas formaciones de la izquierda socialista que ya no se movían dentro del cadáver de 1914, sino a través de un organismo que se iba reconstruyendo mientras el aparato estatal de dominio capitalista se reorganizaba; pero aquí ya no se trataba de una reacción (como fue el caso de las izquierdas en 1914) ante el naufragio del partido en el capitalismo, sino más bien las consecuencias de la lucha de clases en el seno de una formación política engendrada directamente por el capitalismo.

En 1921, el hecho de que la situación se modificase no suponía que las características fundamentales de la época cambiaran, como han confirmado plenamente las tormentas revolucionarias de 1923, 1925, 1927 y 1934 (por nombrar sólo las más importantes). El ejército del proletariado mundial libró su batalla tras la guerra, pero sólo logró la victoria en Rusia. En 1921, la unidad de la clase obrera mundial se había roto y la Segunda internacional, que hasta entonces no se había atrevido a correr el riesgo de presentarse ante las masas, aprovechó la derrota para reaparecer en escena.

Semejante modificación de la situación, evidentemente, tuvo consecuencias en los partidos comunistas. Pero el problema era este: cuando las desfavorables contingencias, las derrotas, hacían imposible lanzar un llamamiento directo a la insurrección, ¿había que modificar sustancialmente la política de los partidos comunistas o hacer un llamamiento a las masas para que se concentraran alrededor de sus luchas parciales, eso sí, permaneciendo atentas a una posible salida revolucionaria? Tanto en el III Congreso como en el Ejecutivo Ampliado de 1921, y aún más en el IV Congreso, este problema se resolvió de una manera perjudicial para los intereses de la causa. Y esto se reflejó sobre todo en la cuestión del frente único.

Toda situación comporta dos elementos, el objetivo y el subjetivo. En primero consiste en la coyuntura económica, el sistema político de opresión sobre el proletariado, el Estado y el partido político, y de este factor objetivo depende la eclosión de los movimientos de masas. Las condiciones objetivas están llamadas a evolucionar hacia unas contradicciones que son fruto a su vez de las propias bases del régimen capitalista y que determinan la erupción de movimientos de masas. Atribuir a las condiciones subjetivas la iniciativa de los movimientos de masas no sólo equivale a reemplazar al marxismo por el voluntarismo, sino que supone inmovilizar al partido del proletariado, sentar una condición que lejos de favorecer el movimiento proletario le llevará a un impasse: le entregará al capitalismo. Las condiciones subjetivas, sobre todo la constitución y el desarrollo del partido de clase del proletariado, por supuesto que son un elemento capital en cualquier situación, pero sólo en la medida en que se concentran en torno al problema de la formación de la conciencia de clase, lo que plantea de nuevo la cuestión de que los movimientos de masas adquieran una dirección capaz de llevarlas hacia una salida revolucionaria. Aunque no es posible separar totalmente estos dos elementos, el objetivo y el subjetivo (que no se presentan como una mera adición, sino como una síntesis), esto no quiere decir que debemos modificar el papel que tienen en las situaciones, que como hemos dicho son la síntesis de estos dos elementos. Al contrario, hay que hacer hincapié en la función que desempeña cada uno de ellos, pues si no la comprendemos podemos dirigirnos a una situación reaccionaria, aunque tengamos la intención opuesta. ¿No se gritaba en 1921-22 que había que conquistar a

las masas? En efecto, pero si las masas se acercaron al comunismo no fue gracias a la política del partido, sino porque los sucesos en Alemania se precipitaron. Y entonces ese error de partida inmovilizó al partido, impidiéndole transformar la situación revolucionaria de octubre de 1923 en una victoria del proletariado mundial.

Habría que haber planteado el problema sobre otras bases. La reconstrucción del proletariado mundial alrededor de los partidos comunistas sólo podía llegar como resultado de una nueva e inevitable modificación de la situación. El partido podría seguir siendo un elemento propulsor e indispensable para este nuevo cambio sólo si mantenía intactas sus posiciones programáticas y no abandonaba a las masas, es decir, si planteaba de nuevo el problema de su concentración para la lucha. Tras las primeras derrotas, lo único que cambiaban eran los objetivos inmediatos de estas luchas: en 1917-20 el objetivo era la lucha ilegal por el poder. En 1921, ésta debía concretarse en unas reivindicaciones inmediatas, pero poniendo en todo momento claramente de manifiesto que era inevitable que éstas evolucionaran hacia la lucha por el poder.

Sabemos que, en 1921-22, la Internacional Comunista planteó las cosas de otra forma: se asignó el objetivo de conservar a las masas junto al partido comunista a cualquier precio, y como esto ya no se podía lograr con los mismos métodos políticos y las mismas posiciones que en 1918-20, pues la situación había cambiado, se vio obligada a cambiar sustancialmente sus posiciones y sus métodos, encaminándose así hacia nuevas derrotas. El problema del frente único, en las diversas formulaciones que se le dio en aquella época, que llegaron incluso a trastocar el problema de la toma del poder (Sajonia, Turingia), fue resultado de unas circunstancias históricas profundamente desfavorables. Fue un elemento mal resuelto que enturbió profundamente la sustancia política revolucionaria sobre la que se había levantado la I.C.

Generalmente, el problema del frente único se plantea así: en una coyuntura desfavorable, el programa que lanzan los socialistas adquiere carácter revolucionario. El socialismo, en realidad, lo proclama con el único objetivo de engañar a las masas y no tiene intención de efectuar ningún movimiento real encaminado a lograr dicho programa. El deber de los comunistas consiste en llevar a los socialdemócratas a una emboscada, es decir, establecer un acuerdo con ellos basado en las reivindicaciones de los reformistas, pues al desenmascararlos se logrará acercar a las masas al comunismo. Ninguna de estas tres afirmaciones resiste a un análisis marxista, ni se ve confirmada por la experiencia.

Lo primero que hay que señalar es que el hecho de que exista una contingencia desfavorable significa que, de momento, el problema de la toma del poder ya no se puede plantear como objetivo real de la lucha de los obreros. Esta contingencia, sin embargo, no invalida las posiciones anteriormente proclamadas por el partido comunista, según las cuales el problema del poder no se puede solucionar más que mediante la insurrección, que la única posición de proletariado hacia el Estado es su destrucción y que, en fin, para realizar estas reivindicaciones el proletariado sólo cuenta con el partido comunista, que, junto a las masas, tendrá que luchar contra un bloque capitalista unido, que va desde sus formaciones de extrema derecha a las de extrema izquierda (austro-marxistas). ¿Y si el capitalismo se viera obligado a organizar la sociedad al modo fascista y evoluciona en esa dirección? En ese caso habría que poner de relieve que el programa demócrata de los socialistas ya es en sí un bastión de la contrarrevolución, aunque se modifique; por otra parte, esto ha quedado demostrado clarísimamente a través de los acontecimientos de Italia, Alemania y Austria. Este programa, que ha salvado al capitalismo de los asaltos revolucionarios del proletariado, conserva su función reaccionaria en esta nueva fase que se abre ante el capitalismo. Aunque la burguesía apele al fascismo, necesita al partido socialista para llevar a Hitler al gobierno, a Mussolini, a

Dolfuss, para facilitar el ataque contra el proletariado. Y los socialistas italianos, alemanes y austriacos estarán una vez más en su puesto para cumplir esa función, que es indispensable para la burguesía. Aunque luego les persigan y les alejen de su lado, su papel es siempre el mismo, no varía; los marxistas siempre han sabido que el capitalismo es un régimen con contradicciones, que este régimen, basado en la ganancia, implica una lucha a muerte entre los capitalistas individuales, los trust y los Estados, y que la organización política del capitalismo implica una lucha entre diferentes partidos; pero a los marxistas nunca se les ha pasado por la cabeza que esos capitalistas que han sido aplastados por sus adversarios, o los partidos vencidos o ametrallados por los nuevos dueños de la situación, puedan servir de ayuda a la lucha revolucionaria del proletariado.

Al igual que ocurre con las clases, los partidos tampoco defienden los programas que proclaman, sino el lugar que ocupan en la sociedad. El partido socialista es parte integrante del régimen capitalista y aunque cambie su programa, seguirá cumpliendo su función. Por más que lo modifique, su papel no se altera, lo que ocurre es que para poder seguir cumpliendo esa función necesita cambiar un poco. Si se vuelve soviético, como en 1920, es porque sabe que esa es la única manera que tiene de continuar su trabajo de defensa del régimen burgués; si entra en el gobierno soviético de Hungría, es porque sabe que así atrincherado es como mejor cumple su función histórica, una vez más.

Cuando se presenta una contingencia desfavorable, o incluso una muy desfavorable, como ocurre con el fascismo, el programa del partido socialista, lejos de convertirse en una tabla de salvación para la revolución, se convierte en una tabla de salvación más para el capitalismo, para que el fascismo venza y conserve el poder. Separar el programa socialista del cuerpo del que procede y afirmar que, partiendo de esta base, es posible realizar una colosal intriga histórica que lleve a una fuerza capitalista a apoyar al proletariado, es discurrir de manera abstracta y acorrallar al proletariado en un impasse para provecho del enemigo. Su partido y su programa están íntimamente ligados en un todo que es imposible disociar: el objetivo de este programa bien puede ser acabar con todo movimiento de masas, como en Alemania, o provocar esos movimientos de masas (como sucedió en Italia durante la huelga general que convocó en agosto de 1922 la Alianza del Trabajo, dirigida por los socialistas); también puede amoldarse a los movimientos insurreccionales (como ha ocurrido en febrero de 1934 en Austria), pero en todo caso, este programa, lejos de constituir un elemento favorable para el proletariado, forma parte de las fuerzas enemigas, que si lo proclaman es precisamente para defender los intereses de la clase que ha engendrado esta formación política.

Las consideraciones precedentes explican por qué las diferentes soluciones que se ha dado al problema del frente único han derivado en un confuso galimatías que nunca tiene en cuenta el objetivo que se les planteaba a semejantes movimientos. Frente único por arriba o por abajo, por arriba y por abajo, con las masas y sin sus jefes o con las masas y sus jefes,... unas formulaciones que, directa o veladamente, en boca de los socialistas, lo único que pretenden es mantener su influencia sobre las masas mediante un “giro a la izquierda”, hacia los comunistas; o bien, si se trata de los comunistas, una maniobra para atraer a ciertas organizaciones, a ciertos jefes o a las masas. Por supuesto, en todos estos razonamientos no queda ni rastro del movimiento y los intereses de las masas.

Aún nos queda por demostrar dos cosas: hay quien dice que cuando los socialistas pretenden defender esta o aquella conquista obrera, aunque sepamos que en realidad ese no es su objetivo y que lo proclaman sólo para engañar a los obreros, si tomamos en serio sus palabras, podremos desenmascararles y al mismo tiempo impulsar el movimiento. Desde el punto de vista teórico, ya hemos refutado las

afirmaciones en las que se basa este esquema. Queda por aclarar que tanto los alegatos de los socialistas a favor de la lucha y del frente único (como los que actualmente vemos en Francia) como sus reacciones a favor de las demandas del partido comunista, no tienen más que un objetivo: permanecer al frente de los movimientos obreros y recibir una especie de consagración mediante la participación de los comunistas en el comité director del frente único para luego, en el momento adecuado, estrangular el movimiento; o bien, como ocurrió en Alemania, minar el trabajo de los comunistas para inmovilizarlos en el comité, obstaculizando el desarrollo del movimiento, promoviendo interminables polémicas entre dos elementos radicalmente opuestos que lo único que consiguen es que cunda el desánimo entre la clase obrera. Luego se pondrán a discutir sobre quién es el responsable de la debilidad del frente único. Los socialistas dirán que la culpa de que hayan fracasado sus intentos de que los comunistas aceptaran sus posiciones en una atmósfera “leal y cordial” es de estos últimos. Los comunistas, a su vez, dirán que si han fracasado sus intentos de transformar las fuerzas contrarrevolucionarias en un apoyo para el proletariado, la culpa es de aquellas.

Es lamentable que las polémicas sobre el frente único siempre hayan sido objeto de una tosca y repugnante charlatanería. ¿No estaremos quizá ante una de las causas, y no la menor, de la degeneración del movimiento comunista actual?

Ya hemos explicado claramente cuál es la posición que debe adoptar el partido cuando la lucha obrera por la conquista del poder se ve afectada por una contingencia desfavorable y el ataque no se puede plantear de forma inmediata. Si el partido quiere conservar su capacidad de dirigir las luchas revolucionarias y de conquistar el poder cuando se opere un nuevo cambio en la situación, debe continuar su **propaganda** sobre la cuestión del poder, sobre la necesaria insurrección y la dictadura del proletariado, luchando contra el resto de soluciones que se proponen; pero la **agitación** se debe centrar en una serie de consignas ligadas a las reivindicaciones inmediatas y las luchas parciales. En este terreno, en el que naturalmente no se plantea el problema de la toma del poder, es donde el frente único se revela perfectamente posible, pues los comunistas no son los únicos que dicen defender los intereses inmediatos de los obreros. Y si decimos que el frente único es posible, evidentemente no pretendemos demostrarlo con una simple afirmación, sino poniendo de relieve un problema **fundamental**: el eje de la situación desfavorable provoca un desplazamiento de las masas, que antes se concentraban en torno a la lucha por el poder y ahora se concentran en la lucha por unas reivindicaciones inmediatas. Es más, la clase, en su sentido marxista, que antes se dirigía hacia la destrucción del Estado capitalista y la fundación del Estado proletario, prosigue su desarrollo, pero en torno a unos problemas más limitados, relacionados con los intereses inmediatos de los obreros.

Nuestra política no se basa en una burda distinción entre las masas y los jefes, la base y la cima; lo que afirmamos es que la influencia de los partidos socialistas refleja un cierto grado de experiencia y de inconsciencia de las masas; que existen obreros **socialistas**, que no pocos de ellos defienden sus convicciones socialistas con tanta energía y fe como los comunistas y, en ciertas circunstancias, con más arrebato; en pocas palabras, que el problema que se plantea ante los comunistas es el de lograr que la conciencia de las masas evolucione, y eso sólo es posible si entendemos esta educación no como una aportación de esos académicos que se proclaman marxistas, sino como el producto de una serie progresiva de luchas en las que el partido deberá lograr que las masas asimilen gradualmente la ideológica comunista y que finalmente los obreros le llamen para dirigir el movimiento.

Como el objetivo de los comunistas siempre es la clase, en su conjunto, es evidente que sólo en función de ella podremos resolver el problema del frente único, así como todos los problemas de la lucha obrera. Cuando afirmamos que una condición indispensable para realizar el frente único es que los intereses, las posiciones y las organizaciones tengan una cierta homogeneidad, evidentemente hablamos de los obreros y no de sus jefes o sus dirigentes. Una vez sabemos que los intereses deben ser sustancialmente homogéneos, así como las organizaciones en las que se reflejan dichos intereses y dicha homogeneidad, el problema sólo se puede resolver de esta manera: **se trata de los intereses inmediatos, económicos y políticos; la organización unitaria fundada para defender estas reivindicaciones es el sindicato; y es a través de la huelga como hay que lograr esos objetivos, que sirven de elementos aglutinantes para el frente único.**

Como en la polémica siempre se intenta poner en evidencia al adversario (aunque con estos procedimientos lo que se consigue es que los intereses de la clase obrera se confundan con los de los dirigentes y sus respectivos chiringuitos), nuestra postura tan pronto se tachó de sindicalista como de simplista, pues a la hora de formar el frente único, decían, nuestro comportamiento con una persona dependía de si actuaba en nombre del partido socialista o en el de una organización sindical. Aunque quienes pretenden rebatirnos deberían basarse en nuestra postura, y no en su caricatura, todo se reduce a dos criterios fundamentales: las maniobras, en sus diferentes aspectos, y lo que nosotros reivindicamos, la formación del frente único en función de la unidad de los intereses, las posiciones y la organización de los obreros.

Nos oponemos al frente único entre partidos políticos, no sólo por las consideraciones teóricas que ya hemos expuesto acerca del papel que tienen los partidos políticos, particularmente el partido socialista, sino también porque, a la hora de formar el frente único desde el punto de vista político, consideramos que es un error basarse en una postura **obrero**, común a los explotados de todas las tendencias y partidos. Al contrario, por el hecho de ser explotado, el obrero socialista no deja de ser un adversario del comunismo, y nada nos dice que en el momento de la insurrección una parte de los obreros no pueda tomar una actitud de declarada hostilidad ante la lucha armada del proletariado, dirigido por los comunistas –los acontecimientos de 1919-20 en Alemania son muy reveladores al respecto—. El paso de las masas socialistas a las posiciones comunistas no llegará gracias a ningún juego de manos o a la supuesta habilidad de los jefes comunistas para “arrollar” al estado-mayor socialista dentro del comité dirigente del frente único. Depende de que cambie la situación. Como ya hemos dicho, el partido es un factor activo para que este giro se produzca, pero sólo si mantiene intacto su programa y presenta a las masas, en esa coyuntura desfavorable, un plan de batalla capaz de encauzar sus reivindicaciones inmediatas. Desde el punto de vista político, el frente único no se puede establecer en torno al partido comunista, y en todo caso tal frente no dependería de las maniobras, sino del carácter revolucionario de la situación, que es la que pone a la orden del día la cuestión del poder.

Relacionar la postura del obrero socialista con la del obrero comunista es basar el frente único en dos elementos dispares y opuestos, equivale con toda seguridad a sentar las condiciones para la dispersión del frente de lucha, en definitiva, es añadir un nuevo problema a la ya de por sí difícil situación, plantear una condición que en lugar de facilitar la lucha de las masas, hará que los obreros sean incapaces de reagruparse para la lucha contra el capitalismo.

Cuando los principales elementos de la situación han cambiado y lo que está a la orden del día son las reivindicaciones inmediatas y no la lucha inmediata por el poder político, ya no sólo es que este frente único sobre la base sindical sea posible, sino que la organización sindical es la única base que permite al

proletariado reagruparse. Sobre la base del sindicato y de las luchas parciales, el partido puede proponer un frente único que no implique ninguna perturbación, ningún compromiso ni para los comunistas ni para los obreros del resto de tendencias, que en este frente conservan una posición clasista elemental de lucha contra la patronal. No hay que pedir al obrero socialista que se haga comunista o a la inversa, lo que el partido debe proclamar es que el inevitable acercamiento de las masas al comunismo depende únicamente del aumento del grado de combatividad de la clase obrera. Su llamamiento a las masas socialistas se basa por tanto en la idea siguiente: reagrupaos alrededor de vuestros sindicatos junto con los obreros de todas las tendencias, de todos los partidos y junto a los que no tienen partido; el capitalismo amenaza vuestras más pequeñas conquistas y para defenderlas no debemos dejar que las diferencias políticas estorben la lucha; los comunistas estarán en primera línea de combate, y saben que sólo será posible acabar totalmente con la influencia capitalista si las masas extienden sus luchas, si empujan al partido a dirigir el movimiento, facilitando con ello que la situación desfavorable evolucione a otra en la que sea posible desencadenar la insurrección.

A partir de estas premisas se puede lograr la máxima solidaridad en la lucha obrera y en su dirección. Según la interpretación corriente de frente único, el problema se plantea así: los comunistas, que comparten con los socialistas la dirección del movimiento, no tienen más objetivo que expulsar a sus adversarios. Aprovecharán cualquier circunstancia para formar núcleos a derecha y a izquierda, para ir conquistando capas cada vez más amplias de las masas, hasta que por fin se pueda dar caza a los traidores. Partiendo de esta base, resulta que al frente del ejército obrero hay un comité de dirigentes compuesto por dos partidos cuyo objetivo es arrollarse recíprocamente. Y así, en las asambleas de proletarios en lucha, se asistirá a una escalada de reproches entre estas dos corrientes, que tratarán de ganar aplausos y dejar en ridículo al otro. ¿En qué se convierte con esto la lucha de los obreros? Es fácil de prever... así se plantean las condiciones para la victoria del enemigo.

Si nos basamos en nuestra concepción, el problema de la dirección del movimiento, así como el del aumento de la influencia del comunismo entre las masas, se basa en esta idea central: sólo la extensión del movimiento nos permitirá tanto derrotar al capitalismo como desembarazarnos de los traidores y de aquellos partidos que luchan por conservar el régimen capitalista. Los comunistas no deben alterar su postura frente a los socialistas, desde el inicio de la lucha proclamarán que si las masas no logran liberarse de la influencia enemiga (representada por los socialistas y su dirección) están condenadas a un seguro fracaso, y afirmarán también que sólo en una fase posterior de la lucha será posible echar a los traidores, el único paso que permite lograr la victoria frente al enemigo.

Lejos de aspirar a los puestos de dirección del movimiento, los comunistas los rechazan siempre, para que las masas sepan que ambos programas son irremisiblemente opuestos: la revolución y la contrarrevolución, y para separar tajantemente las responsabilidades en los giros de la lucha. Lejos de presentarse ante las masas para atraer a una parte de ellas o para poner en evidencia a los socialistas, los comunistas mostrarán constantemente que lo que está en juego en la lucha no es quién de los dos (comunistas o socialistas) arrolla al otro, sino vencer al enemigo. Las propuestas de los comunistas, por tanto, harán hincapié en los medios de lucha a emplear, y su separación de los socialistas se reflejará en las diferentes posturas que defienden: una lleva a compromisos para estrangular el movimiento y la otra afirma que sólo extendiendo las luchas se puede conseguir la victoria. Como el objetivo de los comunistas es lograr un frente de masas lo más amplio posible, alcanzar el grado máximo de combatividad de los obreros, condiciones que aseguran la victoria de las masas y del partido, está claro que en el trascurso del movimiento la posición del partido deberá ser ésta: desde el principio, proclamar un apoyo total al

movimiento, pronosticando siempre el destino que aguarda a las masas si permanecen bajo influencia de los traidores; afirmar que es necesario plantear la extensión y el desarrollo de la lucha; separar sus responsabilidades de las de los dirigentes, separación que se concreta en el rechazo categórico a participar en un bloque dirigente, que le haría corresponsable de un seguro fracaso; participar activamente en el movimiento y en la defensa de los obreros en lucha, con la firme decisión de no dejar escapar la oportunidad, cuando ésta se presente, de tomar la dirección de la lucha al margen de cualquier alianza, expulsando a los traidores. Y cuando el cambio de situación provoque entre las masas un estado de ánimo favorable a la dirección comunista del movimiento, continuar la lucha ya sólo en torno al partido.

La separación de las responsabilidades debe ir acompañada de la declaración de disciplina por parte de los comunistas, hasta que se den las condiciones que les permitan dirigir la lucha. Esta es la única manera de que el movimiento se desarrolle, y no tiene nada que ver con las maniobras que transforman continuamente la lucha obrera en una empresa de concurrencia leal o desleal, dejando a los obreros desunidos en la lucha contra el enemigo, haciéndoles espectadores de un partido que se disputan socialistas y comunistas por la supervivencia de sus respectivos chiringuitos.

Hasta ahora, todas las maniobras de frente único no han sido más que empresas creadas por socialistas o comunistas para luchar mutuamente. Los objetivos de estas maniobras no eran ni los movimientos de masas ni sus intereses, por lo que el frente único no era más que un expediente que garantizaba la influencia contrarrevolucionaria entre las masas, la influencia socialista o centrista. Por eso, a pesar de todos los frentes únicos proclamados por arriba, por abajo, o por arriba y por abajo, de organización a organización, con la base o contra la cima, el capitalismo no ha dejado de cosechar un triunfo tras otro en el curso de su ofensiva. Y así hemos llegado a la situación actual, en la que paralelamente a la pulverización del movimiento podemos ver como todos los grupos proclaman hipócritamente que el frente único es necesario y están dispuestos llevarlo a cabo, pero no partiendo de los intereses de las masas, sino de los de sus respectivos chiringuitos.

¿HACIA DÓNDE VA EL IMPERIALISMO FRANCÉS?

ESTRUCTURA

El bloque imperialista francés es uno de los sectores más resistentes de la economía mundial. Un análisis sucinto de sus elementos constituyentes nos confirma esta afirmación.

Instalada sobre una amplia base agrícola que aglomera multitud de pequeñas economías campesinas, Francia fue durante mucho tiempo una nación atrasada desde el punto de vista del desarrollo industrial, con un aparato productivo más débil que el de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos y un suelo pobre en carbón, “alimento de la industria”; la cuenca de Lorena suministraba grandes cantidades de mineral de hierro que no podían ser tratados completamente, y así aunque en 1913 Francia era una gran exportadora de hierro, se veía obligada a ceder a sus rivales directos la materia prima, que ella no podía transformar más que en pequeñas cantidades; de esta forma, permanecía como vasallo de sus competidores. La guerra modificó profundamente esta situación.

El tratado de Versalles permitió al capitalismo francés doblar sus reservas de hierro, y las minas del Sarre le dieron el precioso complemento del carbón, pero sin embargo esto no bastaba para resolver el vital problema de aprovisionamiento de combustible. Esto explica por qué, durante los primeros años de la posguerra, la burguesía francesa centró su política en los proyectos de conquista de las regiones mineras del Ruhr, jugando la carta de la “seguridad”.

Aunque sus veleidades hegemónicas en el continente se han evaporado debido a la voluntad del imperialismo inglés y americano, Francia ha podido expandir considerablemente su sector industrial, particularmente su industria pesada.

INDUSTRIA

En dieciséis años (de 1913 a 1929), la producción de hierro fundido y acero aumentó un 100%, triplicando la capacidad de absorción del mercado interno. La metalurgia francesa se transformó en una industria exportadora, seria competidora en el mercado mundial: su porcentaje en la producción total de hierro fundido subió de 6.5% en 1913 a 10.5% en 1929, 14.7% en 1931, 13.9% en 1932 y 12.9% en 1933, pasando al segundo lugar después de los Estados Unidos. En cuanto al acero, el progreso es menos impresionante, 6.1% en 1913, 7.4% en 1929 y 9.8% en 1933, colocando a Francia en cuarto lugar solamente. Sin embargo, el progreso de las exportaciones de productos metalúrgicos es notable, en 1929 se han cuadruplicado. Esos son los frutos de la tenaz y feroz política de las “reparaciones”, cosechados con el sudor del proletariado alemán.

Esta política se ha completado rodeando a Alemania con Estados vasallos de Francia, sometidos a ella económica y financieramente; hasta 1933, Europa Central constituía una esfera de influencia francesa. Sus estrechas relaciones con Bélgica, Polonia, Hungría, Austria y la Pequeña Entente², no sólo debilitaban a Alemania, sino que garantizaban a Francia el suministro de materias primas (carbón polaco, petróleo y trigo rumano). Hoy podemos ver como esta canga se disloca: pacto alemán-polaco, maniobras del fascismo italiano, caída de la socialdemocracia austriaca.

² Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia.

Gracias a las minas del Sarre, la producción carbonífera francesa de 1929 ha aumentado un 41% respecto a 1913, pero aunque las necesidades internas también han aumentado bastante, sólo están cubiertas al 66%, frente a un 61% en 1913. Pero la explotación de las minas es más costosa que en Inglaterra, Bélgica o Alemania; no producen más que carbón industrial y su distribución se ve entorpecida, por una parte, por las elevadas tarifas ferroviarias, y por otra, por el hecho de que los yacimientos están alejados de los centros de consumo. Debido a esto, las cuencas francesas son incapaces sentar las bases de una gran industria fuertemente centralizada como la del Ruhr, por ejemplo.

En cambio, Francia es rica en recursos hidráulicos, pero esto favorece la dispersión del sector industrial en pequeñas y medianas empresas, de la misma forma que el fraccionamiento de las industrias que dependen de la agricultura se explica por la parcelación de la propiedad agraria.

Otro factor de debilidad para la industria francesa es que depende del exterior para el suministro de materias primas: el algodón, la lana (importa un 90% del total) y las materias que necesita la industria sedera (sobre todo la artificial).

La economía agrícola se basa esencialmente en la producción de trigo y vino.

El proteccionismo agrario impregna desde hace mucho toda la economía francesa, pero cobró mayor impulso desde finales del siglo XIX, con el ministro Méline. Hasta que estalló la guerra, el campesinado francés, gracias a este poderoso muro protector, vivía en una quietud relativa que los acontecimientos ya se encargaban de romper, como ocurrió con la crisis vitícola en el Midi en 1907 que desembocó en una manifestación de 700.000 productores en Montpellier, motines, tiroteos y levantamientos campesinos.

Si en Francia también se ha absorbido una parte de la población agrícola mediante un proceso de urbanización y concentración industrial, aquella sigue siendo alrededor de un 40% de la población total. La fragmentación de la propiedad permite que subsistan multitud de pequeñas empresas particulares. Además, la transformación de los productores rurales independientes en pequeños capitalistas está lejos de haber llegado tan lejos como en Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, por lo que la proletarización campesina se ha ralentizado; la pequeña propiedad es un obstáculo al desarrollo de las grandes plantaciones, que exigen el empleo de poderosos medios de producción e importantes capitales. Estos factores han hecho de la agricultura francesa una de las más retrasadas de Europa, a pesar de la fertilidad y la riqueza de su suelo: el rendimiento por hectárea del trigo es un 50% inferior al de Holanda, un 40% menos que el de Bélgica, 43% Dinamarca, 35% Inglaterra, 22% Alemania y apenas supera al de Italia.

Sin embargo, gracias a la relativa estabilidad de la producción agrícola y al proteccionismo tradicional, Francia ha podido resistir la tormenta de la crisis agrícola mundial.

Veamos ahora cuáles son los elementos que refuerzan el armazón del capitalismo francés:

1º Acabamos de indicar que existe una importante capa de pequeños campesinos independientes; esta categoría social, por la posición que ocupa en el proceso de producción general, no está sometida a la ley del trabajo asalariado y no sufre la característica inestabilidad de la vida proletaria. El productor "independiente", merced a esta **unidad** productiva, aún puede apropiarse del producto total de su trabajo (al margen de los factores capitalistas que reducen su ganancia). Su capacidad de compra y consumo se mantiene, por tanto, en un relativo equilibrio.

2º Una importante capa de pequeño-burgueses rentistas que viven principalmente de la plusvalía colonial, bajo la forma de intereses por sus empréstitos.

3º Un sector industrial poco concentrado, compuesto sobre todo de empresas del sector secundario (industrias de consumo), de composición orgánica media y que emplean una buena cantidad de mano de obra (lo que se traduce en que no existe paro estructural) que amplía el fondo de consumo: hasta que llegó la crisis, la industria algodonera vendía tres cuartas partes de su producción en el mercado interno, la industria lanera la mitad, la metalúrgica tres cuartos de su producción de productos acabados.

4º Un potente aparato financiero.

5º La posesión de un rico territorio colonial, que es la prolongación del mercado metropolitano y una vasta reserva de plusvalía.

Examinemos rápidamente estos dos últimos elementos:

La oligarquía financiera.- A pesar de la extrema división de la propiedad y de que la riqueza está más repartida que en otros países, en Francia el capital está muy concentrado: el 1% de la población concentra el 50% del capital total, y el 10% acapara el 80% de toda la riqueza.

Los ingresos están más repartidos, como es normal, pues todos necesitan un mínimo ingreso aunque sólo sea para sobrevivir: el 10% de la población ingresa el 45% del total, y un 50% de la población, que detenta el 1% del capital, recibe el 18% de los ingresos totales.

Francia es un buen ejemplo de este aforismo que dice que “los negocios se hacen con el dinero de otros”. El pillaje del dinero que guardaban los campesinos en el “calceín” y el drenaje de los ahorros de la pequeña burguesía, a cambio de títulos de renta, fue el origen de una amplia concentración capitalista y de un desarrollo del sistema de participaciones que han convertido a Francia en una economía imperialista donde el capital financiero gobierna despóticamente. Todo el aparato económico está en manos de una reducida oligarquía. En ningún otro sitio el Estado, la prensa y el resto de organismos de la vida social sufren semejante presión por parte de las finanzas; el monopolio en la emisión de valores lo detentan cuatro bancos y las actividades financieras ganan por la mano al resto de actividades económicas propiamente dichas: entre 1919 y 1932 se emitieron 13 mil millones en préstamos a varios Estados, el 42% fueron a parar a la Pequeña Entente y Polonia. El capital francés es el usurero de Europa.

El imperio colonial.- Hacia 1880, la acumulación de capitales ya era tal que, bajo el impulso del capital financiero, empezó a desarrollarse una política colonial anexionista que terminaría convirtiendo a Francia en la segunda potencia colonial. La característica principal de este vasto imperio es su unidad geográfica (exceptuando el territorio asiático y otras pequeñas posesiones), lo que le otorga cierta superioridad frente al Imperio británico; de la misma forma, la ausencia de territorios semiindependientes y una mayor centralización le hacen más homogéneo y más fácil y directa la explotación. Además, las colonias francesas están poco industrializadas y no compiten con la metrópoli, “ofreciéndose” en cambio como magníficas fuentes de productos complementarios. El imperialismo francés dispone en África del Norte de un suplemento de trigo, vino y hierro. En Indochina se aprovisionan completamente de arroz. En África, de cacao y de aceite. En Nueva Caledonia, de níquel y cromo. En cambio, dispone de poca lana, algodón, seda y lino, unos productos indispensables para sus principales industrias.

Por otra parte, el mercado colonial es la prolongación del mercado metropolitano, sobre todo para la industria del algodón, que exporta allí el 20% de su producción, y para la industria de construcción mecánica, que en 1932 exportó el 50% de su producción.

EL CAPITALISMO FRANCÉS DURANTE LA CRISIS

Tras la guerra, la economía francesa retomó su impulso con una continuidad de la que no gozaron otros países industriales; sólo se ralentizó tras la estabilización del franco en 1928. Hemos citado ya los factores que explican por qué Francia entró en crisis sólo a partir de 1930 y cómo pudo detener la crisis agrícola. Pero a comienzos de este año, 1934, el centro de gravedad de la depresión mundial se ha desplazado hacia Francia. Hoy asistimos al estrangulamiento del comercio exterior, a la contracción del mercado interno, al desarrollo acelerado de la crisis agrícola, a un vertiginoso déficit presupuestario y al hundimiento de las colonias.

Producción industrial.- La curva de la producción ha seguido de cerca la trayectoria del movimiento mundial. A finales de 1933, el índice general desciende un 25% respecto a 1929, la metalurgia un 40%, textiles 20%, la producción de hierro fundido y acero un 40%.

La depresión más fuerte se observa en julio de 1932. Luego hay una cierta mejoría hasta julio de 1933. Después, la caída se acentúa, particularmente en el sector metalúrgico: la producción de hierro fundido y acero se reduce hasta alcanzar niveles de 1932, aunque permanece algo por encima gracias a que la metalurgia pesada abastece a la industria bélica. Para 1934 no se atisba ninguna perspectiva de mejoría: el impulso que tomó la metalurgia francesa en 1933, dentro del cártel del acero, le llevó a la acumulación de stock y a reducir la producción; además, los precios de monopolio favorecen la reaparición de empresas secundarias, mientras la concurrencia se va polarizando en torno a la Entente del acero y estos "independientes", por una parte, y los trust ingleses y americanos, por la otra (devaluación de la libra y del dólar). El imperialismo nipón surge también como nuevo competidor. En el mercado interno, aparte de la confusión que traen las empresas independientes, se desarrolla un conflicto entre los productores de acero (que sufrieron las medidas de De Wendel³) y los productores de hierro fundido en bruto (que producen separadamente).

En el mercado exterior, los elevados precios de coste y el peso del patrón-oro hacen que la situación sea insostenible.

La industria algodonera se ha visto duramente afectada después de que el capitalismo financiero la sacrificara para favorecer los intereses de Manchester, como compensación por los acuerdos de venta para la industria metalúrgica. El desarrollo de la seda artificial, la disminución del consumo en las colonias (14% desde 1929) y la invasión de los tejidos japoneses, son otras tantas causas de este marasmo. El desplome de la producción, entre 1928 y 1932, llega al 73%. Mientras, Japón aumenta la suya un 43%. Tras la bajada de salarios, fruto de la gran derrota proletaria de 1931, la patronal del norte pasó de nuevo al ataque, que se conjugó con la ofensiva de los magnates de la región textil de Verviers⁴.

³ La familia De Wendel es una vieja dinastía empresarial francesa, dedicada principalmente a la industria metalúrgica. Sus intereses en Lorena la llevaron a participar activamente en la vida política francesa, sobre todo desde finales del siglo XIX. François de Wendel, a quien hace referencia el artículo, fue diputado desde 1914 y en 1933 fue elegido senador.

⁴ Ciudad belga. En el artículo *El plan De Man (Bilan nº 4 y 5)*, Mitchell hace referencia a las luchas de los obreros de esta región textil.

LA CRISIS DEL VINO Y DEL TRIGO

Ya hemos indicado las causas por las cuales la crisis agrícola, un factor que ha agravado considerablemente la crisis mundial, no adquirió en Francia la amplitud que alcanzó en los Estados Unidos (trigo, algodón), en América del Sur (café) o Europa Central (trigo). Hoy, sin embargo, el problema del vino y del trigo está a la orden del día.

En el sector vitícola, la reglamentación de la producción, el bloqueo de las cosechas y los créditos agrícolas no han dado resultado alguno. La política de sostener los precios, análoga a la de Hoover, sólo ha logrado retrasar la caída de precios, las quiebras y la acumulación de stocks.

El **mercado del trigo** está dominado por los monopolios (Banca Dreyfus), los grandes productores, los harineros y los especuladores, cuya actividad expoliadora es doble. Por una parte, imponen un precio máximo a los campesinos, y por otra, un precio mínimo al consumidor.

Las cosechas excedentarias de 1932-33 y el parón en las exportaciones debido a las represalias extranjeras contribuyeron también al hundimiento del mercado interno, y los precios del trigo cayeron hasta los 80 francos el quintal. En julio de 1933, los monopolios impusieron un precio mínimo de 115 francos por quintal, de modo que a finales de 1933 el precio interno triplica el precio mundial.

¿A quién beneficia este precio tan “remunerador” y qué significa? Puesto que el Estado no interviene ni dando anticipos por las cosechas ni comprándolas, al pequeño campesino no le es posible vender sus productos al precio fijado: acosado por sus obligaciones financieras, no puede elegir el momento para vender y debe ceder su trigo a bajo precio a las empresas monopolísticas, que lo venden en el mercado interno al precio convenido y exportan el excedente al precio que impone el mercado mundial o incluso a uno más bajo, gracias a los grandes beneficios obtenidos.

El movimiento de los precios refleja bastante bien esta presión de los monopolios: en enero de 1934 el precio al por mayor había bajado un 40% respecto a 1929, pero el precio al por menor sólo un 7%. Desde 1930, el coste de la vida ha bajado un 12.4%, aunque en enero de 1934 los productos importados eran un 30% más baratos que los nacionales, mientras en agosto de 1933 esta diferencia era de un 25%. Este descuelgue de los precios mundiales, si bien beneficia a los grandes agricultores, perjudica considerablemente la competitividad de la industria en el mercado mundial y aísla cada vez más la economía francesa.

EL COMERCIO EXTERIOR

La precariedad del capital industrial exportador se refleja también a través de las cifras del comercio exterior en 1933: a pesar de su privilegiada situación, fruto de las condiciones favorables que hemos analizado anteriormente, Francia no ha podido evitar que su comercio exterior haya caído desde 1929 dos terceras partes. Las importaciones han bajado un 52% y las exportaciones un 64%; aunque de 1932 a 1933 el volumen ha aumentado, el déficit de la balanza de 1933 alcanza los 10 mil millones, y si es menor que el de 1932 se debe al descenso de las importaciones debido a las restricciones, la sobretasa de intercambio, etc. Pero, comparativamente, este déficit supone un agravamiento de la situación. Si comparamos este déficit con las cifras del comercio global, representa: en 1913, un 10%; en 1931, un 16%; en 1932, 20% y en 1933, un 22%. Y si nos fijamos en las exportaciones, el desastre es más notable: en 1913, 22%; en 1931, 38%; en 1932, 51% y en 1933, 54%, es decir, que en 1933 el déficit representa más de la mitad del total de las exportaciones.

También podemos constatar que, a partir de 1929, el déficit se estabiliza en alrededor de unos 10 mil millones. Además, en 1933, la balanza agrícola también es ampliamente deficitaria (7 mil millones), a pesar de las buenas cosechas. Lo mismo ocurre con la balanza industrial, que se agrava en relación a 1932. Si bien las importaciones de materias primas para la industria han aumentado, las exportaciones de productos acabados han disminuido, a excepción de los automóviles y las armas, por lo que podemos deducir que las materias primas las ha absorbido sobre todo la industria bélica.

Otra indicación importante: en 1933, el balance de las cuentas arroja un saldo negativo de más de 5 mil millones, debido a la disminución de los ingresos procedentes del turismo, el descenso de los fletes y de los ingresos de las carteras de inversión; un índice que a primera vista parece favorable es el porcentaje de las exportaciones procedentes de las colonias y los protectorados, en constante aumento desde hace seis años: del 14% en 1927 ha pasado al 33% en 1933. En lo que respecta a las importaciones, las colonias francesas han pasado de atraer el 11.42% en 1927 al 23% en 1932. El comercio con las colonias representa en 1933 el 27% del comercio total, cuando en 1925 era el 12.5%.

En cambio, en cifras absolutas, las exportaciones a las colonias están en constante retroceso desde 1929. El aumento relativo del mercado colonial y su retroceso absoluto reflejan, evidentemente, la considerable disminución de las exportaciones francesas hacia otros países, y si bien el mercado colonial se ha desarrollado relativamente, esto significa únicamente que el capital financiero, gracias a su posición privilegiada, ha acentuado su presión. Las exportaciones hacia las colonias han bajado en 1933 un 39% respecto a 1929. El descenso de las exportaciones al resto de países llega al 70% respecto a 1929 y al 75% respecto a 1927, superando la caída media mundial, que es de alrededor de dos tercios respecto a 1929. Por otra parte, la balanza sólo es favorable frente a seis pequeños países (entre ellos Bélgica) de los 36 que comercian con Francia (al margen de las colonias), y la balanza con los territorios coloniales es deficitaria en 781 millones, a pesar de que los intercambios han aumentado en 270 millones en 1933.

El aspecto específicamente agrícola que ha adquirido la crisis en las colonias, ha hecho que esta se despliegue con mucho más rigor e intensidad que en la metrópoli: el poder adquisitivo de las masas indígenas ha sido aniquilado. En África, en Senegal, los oleaginosos y el caucho, sus principales monedas de cambio, no pueden luchar contra la competencia de Nigeria y la India. En Madagascar, el poder central se ha visto obligado a sostener el precio del café y la yuca. En Indochina, la crisis del arroz, agravada por el cierre de los mercados chino y japonés, hunde al proletariado indígena en la más absoluta indigencia. Marruecos, con su rico suelo y su potente equipo, se ve aplastado bajo el peso de la carga financiera de los cuantiosos capitales invertidos, y su producción de trigo debe hacer frente al precio impuesto por la metrópoli. Túnez también debe soportar las cuotas de vino que le impone la "Madre Patria". Su economía, además, está asolada por la caída de los precios de los fosfatos y los minerales de plomo y zinc, y el paro la consume. Argelia es la menos afectada, gracias a su proximidad al mercado metropolitano, a su carácter departamental, a la unión aduanera con Francia y a las grandes cantidades de vino que exporta a la metrópoli.

EL PARO

Una vez se conoce la amplitud de la contracción del imperialismo francés, bien se puede dudar de la estadística sobre el paro que ofrece la burocracia francesa; incluso podríamos refutarla consultando los informes de los inspectores oficiales de trabajo. Estos constatan que en lo que respecta a los establecimientos con al menos 100 asalariados, el paro asciende a un 7.4% en 1931 y un 20.9% en 1933. En cuanto al paro parcial, las cifras son respectivamente de un 32.5% y un 38.2%. Si tenemos en cuenta que los

despidos se producen sobre todo en las pequeñas empresas y calculamos que la industria tiene alrededor de 7.500.000 de trabajadores, podemos afirmar que en 1933 el número de parados ha aumentado un 180% respecto a 1931, cifrándose en alrededor de un millón y medio; que los parados parciales son alrededor de 3 millones y que, por tanto, las cifras de los Fondos de Desempleo las ha debido calcular un humorista: 284.349 parados inscritos en 1933. Sin embargo, esas propias estadísticas reflejan que el paro se ha agravado en 1934.

EL PROBLEMA FINANCIERO

Durante el transcurso de la crisis, en todas las naciones capitalistas el problema de las finanzas públicas ha perdido, al menos en la práctica, el carácter puramente técnico de equilibrio entre gastos e ingresos, y ha adquirido un aspecto claramente político, fomentando la intervención estatal y la ayuda financiera a un capitalismo virtualmente en quiebra.

Los múltiples “experimentos” de economía dirigida que se han desarrollado, se reducen esencialmente al pillaje sistemático de las cajas públicas, es decir, del pequeño ahorrador (pillaje que a veces lleva a fundar nuevos organismos, como ha ocurrido en los Estados Unidos con la Reconstruction Finance Corporation), y al incremento del presupuesto a través de los impuestos directos e indirectos, que se arrancan del fondo de consumo de la clase obrera. Así, en Francia, la Depositaria General, que en 1932 poseía más de 30.000 millones en depósitos, tenía invertidos 25.000 millones en rentas. La gran maniobra de compra de renta que llevó a cabo esta Caja facilitó la estafa de 1932, a la que se llamó conversión.

La frontera que separa las finanzas públicas de las privadas cada vez es menos clara. Se desarrolla una mutua penetración entre ambas actividades. La teoría de la no injerencia del Estado en la economía privada es refutada por aquellos que la defendían ferozmente en los hermosos tiempos de “prosperidad”. La intervención estatal, antaño tildada de arbitraria, inquisitorial e incompetente, hoy es necesaria; su función “reguladora” no sólo debe devolvernos a esa querida prosperidad, sino también... sacar a flote los negocios no rentables, turbios, sin base firme e hipertrofiados. A este respecto, Francia ofrece un ejemplo muy elocuente.

El 31 de diciembre de 1933, la deuda pública (sin incluir las deudas de guerra) alcanzó los 300.000 millones, habiendo aumentado más de 20.000 millones desde mayo de 1932. La deuda a corto plazo y la deuda flotante, juntas, suman el 22% del total. Sólo en el pago de intereses se van 12.000 millones al año, un cuarto del presupuesto. Como el Estado no deja de recurrir al préstamo, fortalece las exigencias del capital financiero, que eleva el tipo de interés, haciendo el “dinero caro” ¡Y todo esto mientras, la prensa, vendida a este mismo capital financiero, despliega una campaña por el **crédito barato!**

El volumen del presupuesto no ha variado sensiblemente desde 1929, cuando se llegó a los 45.000 millones. El de 1934 ha alcanzado los 50.000 millones de gasto, un cuarto del producto interior. El hecho de que las sucesivas olas de recortes que se vienen produciendo desde 1932 hayan logrado una reducción de casi 10.000 millones (sueldos de funcionarios, etc.), y que en el mismo periodo no se haya reducido el presupuesto más que 5.000 millones, significa que ha habido nuevos gastos, algo que Regnier, el portavoz del Senado, se ha visto obligado a confesar, disimulando prudentemente el hecho de que la partida del gasto la absorben fundamentalmente las subvenciones, el aumento del gasto financiero en los presupuestos y los gastos militares.

Las grandes “subvenciones” datan de 1931, época en la que Flandin⁵ concedió al Banco de Francia 2.500 millones por sus pérdidas como consecuencia de la devaluación de la libra (la misma fructífera operación se ha llevado a cabo en Bélgica a favor del Banco Nacional).

En 1932 se reflota la no rentable **Aeropostal**, que pertenece a esa categoría de empresas que atraen poco al capital privado pero son grandes consumidoras de capitales “públicos”.

La Transatlántica recibe cerca de 2.000 millones; el Estado es también quien paga generosamente los inflados créditos de sus sociedades “filiales”. El Banco Nacional de Crédito recibe 2.000 millones. El Banco de Alsacia y Lorena, cerca de mil millones. A esto hay que añadir las partidas anuales destinadas a colmar los déficits de las Compañías ferroviarias. La de 1933 se eleva a más de 4.000 millones. Los plenos poderes financieros que acaba de conseguir el gobierno de Doumergue deberían facilitar la tarea de hallar la fórmula más adecuada para endosar todos estos vertiginosos gastos al proletariado, los pequeños ahorradores y los pequeños campesinos. ¡Germain-Martin⁶ ya ha anunciado abiertamente en su programa una gran ofensiva contra la ley de seguridad social y los salarios de los funcionarios, “ampliar” del plato de impuestos y bajar los tipos! Y de cara al próximo agosto se esboza un nuevo proyecto de pillaje bajo la forma de empréstitos, que *L’Information* ha bautizado con el eufemismo: “El Plebiscito del Ahorro”.

PERSPECTIVAS

La economía francesa se halla actualmente en lo más bajo de su curva coyuntural. Las contradicciones entre el sector industrial y el sector agrícola se intensifican. Se deshace el que hasta ahora había sido el apoyo más sólido y fiel de la burguesía: las masas de pequeños campesinos individualistas y de pequeños rentistas conservadores. El desarrollo de la crisis agrícola y la desaparición de las ilusiones del precio “remunerador” obligan al campesinado a “agitarse” (Chartres, etc.), llevando al radicalismo, su tradicional expresión política, a la descomposición. En Beauce, el 80% de la última cosecha aún no se ha vendido. Y el problema agrario no se solucionará con la nueva ley, que valora el trigo en 131.50 francos. Todo esto lleva a *L’Information* a encomendarse “a los santos para que solucionen la gran crisis de nuestra agricultura”.

Los pequeños rentistas, víctimas una vez más de las maniobras del capital financiero, no sólo han sufrido una reducción de sus tipos de renta con la conversión de 80.000 millones de los Bonos del Tesoro, sino además, por la caída de las cotizaciones, una amputación de alrededor del 15% de sus capitales a día de hoy.

En el curso de nuestro estudio sobre el experimento de Roosevelt (*Bilan* nº 3), hemos tratado de demostrar que, bajo el régimen capitalista, es imposible impulsar el mercado interno aumentando la capacidad general de consumo, y eso que en los Estados Unidos Roosevelt dispone de unos medios potentes y de un vasto territorio con múltiples y variados recursos.

Esa demostración también vale para Francia. Si aquí la contradicción fundamental entre el desarrollo de la capacidad productiva y la restricción relativa del mercado es menos intensa que, por ejemplo, en Alemania, en cambio el poder despótico de los monopolios y el capital financiero pesa de manera exagerada sobre el mercado, pues los precios altos contraen el poder adquisitivo del proletariado y de los campesinos, mientras a éstos últimos les imponen bajos precios de venta para sus productos.

⁵ Pierre Étienne Flandin fue un político conservador francés, a la sazón ministro de Finanzas.

⁶ Ministro de Finanzas en el gobierno Doumergue.

El propio desarrollo de las contradicciones hace que el mercado exterior adquiera una importancia preponderante en la evolución de la crisis francesa.

Los resultados de la balanza comercial de 1933 son un aviso para la burguesía francesa y le plantean nuevos problemas en materia de política comercial exterior. Francia acaba de iniciar la pelea denunciando los tratados comerciales con Inglaterra y Alemania. Al mismo tiempo, sus relaciones económicas se dirigen hacia Italia, Bélgica, Brasil, etc. La cláusula de la “nación más favorecida” no sobrevive. Ya no implica ninguna ventaja, pues los aranceles afectan a todos los países. Tenía sentido en la época del libre cambio y del capitalismo “liberal”. Hoy es una traba para el nacionalismo económico. El hundimiento del comercio mundial y el dominio de los monopolios obligan a las diversas burguesías a sustituir el sistema de protección aduanera arancelaria por el de la fijación de cuotas.

En el primer semestre de 1933, estos cupos acordados suponían un 45% del total las importaciones francesas. Pero la situación del capital francés en el mercado mundial, que cada vez es más crítica, le obliga a operar un nuevo reparto en las cuotas, empleándolas como un medio de presión, “moneda de cambio”. Se adopta el principio de la reciprocidad, se emplea la política del doy para que des. ¡Si yo te compro, tú tienes que comprarme! Reaparece el trueque bajo nuevas formas.

No obstante, estas dos fórmulas (la cláusula de la nación más favorecida o la reciprocidad) son complementarias. Se emplea la primera cuando la balanza comercial con el país en cuestión es favorable; la segunda, en caso de déficit.

El mecanismo de la fijación recíproca de cupos limita la competencia en el mercado mundial, mientras en el interior el empleo de licencias refuerza el poder de los monopolios, revelándose como uno de los aspectos característicos de las “economías cerradas”, que lo son sólo en apariencia, pues el objetivo de este tipo de economías no es más que reforzar la explotación del mercado interno mientras **augmenta su capacidad de lucha exterior**.

Esta “economía cerrada” se amplía al “imperio cerrado”, integrando las colonias en la órbita de la economía metropolitana.

Tras el imperialismo inglés, ha sido el francés quien ha emprendido el camino de la unificación de sus dominios coloniales, lo que probablemente llevará a la firma de un nuevo Ottawa: ya se han producido dos importantes conferencias coloniales en París, con pocos meses de intervalo entre una y otra.

En una época de exportación de capitales y en un periodo de crisis general del capitalismo, que ha agotado todos los mercados de capitales, para el imperialismo francés el problema colonial adquiere este aspecto:

- a) Alentar allí la producción “barata” de las materias que necesita la metrópoli (para reforzar su potencial bélico) y que no le hagan la competencia, o como dice Daladier: “Liberarnos de las compras y las ataduras de los países extranjeros, organizar producciones complementarias entre Francia y sus dominios de Ultramar”.
- b) Otorgarles préstamos, a través de los cuales logra un doble beneficio: por una parte, con los intereses que se extraen de la miseria y el sufrimiento de las masas indígenas; por otra, les permite abastecerse de mercancías, pero no de aquellas que les llevarían a desarrollarse industrialmente y competir con la metrópoli, sino las que facilitan la explotación y la exportación de riqueza: puertos, ferrocarriles estratégicos. 4.000 millones de francos se dirigen ya hacia África e Indochina.

La política de inversiones llega incluso a Manchuria, donde acaba de crearse un consorcio franco-japonés para el desarrollo económico del nuevo imperio en el que está particularmente interesada la industria pesada francesa: plan de equipamiento de ferrocarriles, minas y electricidad. El contrato implica una primera entrega de fondos de mil millones y demuestra la cercanía de los imperialismos francés y japonés.

Si bien el factor colonial es importante a la hora de encontrar una salida capitalista a la crisis, no es menos cierto que **a fin de cuentas, todos los imperialismos buscan esa salida, a través de los antagonismos del mercado mundial**. El capital francés, cómo no, también se ve obligado a extender sus mercados, reforzar su capacidad de lucha y reanimar su aparato productivo. El problema de reducir los precios de coste se le plantea en toda su complejidad, de ahí la creciente importancia que adquiere el agravamiento del conflicto entre el sector agrícola y el industrial. ¿Cómo llevar a cabo una reducción de salarios cuando el pan es más caro que en el resto de Europa?

De manera general, en su búsqueda de soluciones a la crisis, el capitalismo mundial hasta ahora se ha decidido por dos políticas centrales, que se oponen pero no se excluyen mutuamente: 1) La **deflación**, que equivale a una contracción de todos los valores, una reducción masiva de capitales, una bajada de precios encaminada, en un plazo más o menos largo, a aumentar la tasa de ganancia; esta es la política que sigue sobre todo Alemania; 2) Una política de subida de precios, la política de los monopolios, que pretende conservar los valores y que sigue una línea **inflacionista**. Esta es la que han adoptado Inglaterra y los Estados Unidos.

Estas dos grandes directivas capitalistas tienen un objetivo común: el empeoramiento de las condiciones de vida del proletariado; en el primer caso, mediante una reducción directa de los salarios; en el segundo, mediante una reducción indirecta del poder adquisitivo de los salarios a través de la depreciación monetaria.

De momento, Francia (y los países con patrón-oro) se aferran a la política “deflacionista”, pero el endurecimiento de la presión de los monopolios, la extensión de la política de la “subvención” y la precariedad de su comercio exterior, son factores que, cuando sus competidores están decididos a emplear todos los recursos que ofrece el dumping, le obligan a adoptar la política inflacionista, a favor de la cual ya se esbozan algunos movimientos.

Aunque la burguesía francesa se apoya en una capa importante de pequeños ahorradores, y a pesar de que no se ha borrado de la memoria el recuerdo de la estabilización del franco a “cuatro perras” que hizo Poincaré en 1928, es posible que el franco se devalúe. Quizá el capital financiero se vea obligado a realizar esta operación, sacándola provecho incluso. En las competiciones imperialistas, **el dumping, un rasgo típico del capitalismo monopolista**, se impone como arma ofensiva. Francia deberá pronunciarse por el dumping monetario, pues el dumping social no es viable y la enorme cantidad de oro que guarda el Banco de Francia no es un obstáculo.

La experiencia inglesa y norteamericana demuestran, además, que se puede proceder a una devaluación sin recurrir a la inflación propiamente dicha: basta con crear la psicosis inflacionista; ¡y en Francia es mucho más fácil hacerlo que en los Estados Unidos! Para la burguesía el problema consiste en contener la devaluación y las fluctuaciones de la moneda en los límites más allá de los cuales surge la inflación real y ésta se transforma en amenaza social.

Las consecuencias de una devaluación monetaria pueden resumirse así:

- a) En las industrias se produce: 1º una reducción del precio de coste, al pagar la fuerza de trabajo por debajo de su valor real, y una rebaja de los gastos fijos; se embolsan una **plusganancia** como resultado del desajuste entre los precios de los elementos de la producción y los precios de venta en alza; 2º de un desarrollo momentáneo de las exportaciones gracias al dumping.
- b) Los agricultores se “benefician” de un alza nominal de sus productos, que les da ilusiones durante un tiempo, y de una reducción de sus gastos fijos.
- c) La devaluación abre una salida a la enorme masa de capitales que permanecen atesorados.

Para evitar el ahogamiento de su comercio exterior, Francia quizá se vea obligada a devaluar su moneda a los niveles del dólar y la libra. Técnicamente, el franco es sólido, pero en la práctica esta “solidez” obstaculiza todo intento de expansión del imperialismo francés. En nuestro análisis sobre el experimento de Roosevelt (*Bilan* nº 3), ya hemos hablado de qué sirve, económicamente hablando, la devaluación monetaria. El capitalismo, a través de estos múltiples “experimentos”, se ve obligado a saltarse y a romper sus propias leyes económicas. Esto significa que la devaluación sólo es una solución temporal. Cuando se vuelvan a nivelar las condiciones de la competencia, se impondrán otras soluciones, o más bien **la única solución capitalista**: la guerra.

La burguesía francesa se va preparando poco a poco para ello.

Ayer, gobierno de izquierda.

Hoy, “concentración nacional de apaciguamiento”.

Y mañana, quitándose el último ropaje democrático, un gobierno “fuerte”, de corte fascista, que se apoyará **únicamente** en las fuerzas de opresión y represión.

Tal es la ley que se impone a la República Francesa, “último bastión de la democracia y el socialismo”.

MITCHELL.

“La Comuna era, pues, la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa, y por consiguiente, el auténtico gobierno nacional. Pero, al mismo tiempo, como gobierno obrero y como campeón intrépido de la emancipación del trabajo, era un gobierno internacional en el pleno sentido de la palabra. Al alcance de los cañones del ejército prusiano, que acababa de anexionar a Alemania dos provincias francesas, la Comuna tomaba Francia para los obreros del mundo entero.”

La Comuna de París, K. MARX.

PARTIDO – INTERNACIONAL – ESTADO

CAPÍTULO I

LA CLASE Y SU SIGNIFICADO

Lo que las situaciones de posguerra han reducido a cenizas no es el marxismo, sino su deformación, la grosera interpretación que consiste en concebir a los hombres y las clases como instrumentos que están a merced de las fuerzas económicas. Los batallones nazis pueden deleitarse contemplando a los obreros extasiados ante la hoguera en la que se queman las obras de Marx, pueden ver como los brazos explotados se levantan para hacer el saludo romano y aplauden el programa nacional-socialista, que ha desterrado la herejía marxista, la responsable de todos los males; pero estos batallones fascistas han surgido precisamente de la adulteración de la teoría marxista, llevada a cabo primero por los socialdemócratas y luego por los centristas, que han aniquilado la función histórica que le corresponde a la clase proletaria en la situación actual. Una vez hecha añicos esta función, no es extraño que los miembros de esta clase apoyen un régimen dirigido contra ellos y cuyo objetivo es restablecer el equilibrio social en torno a la clase capitalista. Pero si bien el proletariado ha sido aplastado, también se ha llevado consigo toda forma de convivencia social, todo control humano sobre las fuerzas de producción, y por tanto esta “paz social”, lograda a través de la sujeción de los obreros a la causa del capitalismo agonizante, implica que toda la sociedad se dirige a la catástrofe, que la sociedad capitalista se encamina a la guerra, al comienzo de una nueva carnicería por el reparto de un mundo que reposa en una economía que se basa en el beneficio y que no puede hallar un soplo de vida sino en la hecatombe de las clases oprimidas, la destrucción de las fuerzas de producción y de montañas de productos.

Los que piensan que la clase no es más que la suma de los individuos que se encuentran en una análoga situación económica, seguramente estarán sorprendidos de la marcha de los actuales acontecimientos: los acontecimientos políticos de todos los países contradicen sus cálculos. Los obreros, en efecto, en lugar de reunirse en torno a un programa de lucha que asegure la defensa de sus intereses inmediatos, aprovechando las circunstancias de la crisis económica para asestar un golpe definitivo al capitalismo, se ven incapaces de oponerse al ataque burgués y permanecen prisioneros de las diferentes formaciones políticas, para la cuales el bienestar de la clase obrera pasa por no librar la batalla revolucionaria al capitalismo y por acantonarse en su respectiva patria, sea fascista, democrática o soviética.

No vacilamos a la hora de afirmar que en esta situación el proletariado ha desaparecido provisionalmente como clase, por lo que el problema a resolver consiste en la reconstrucción de esta clase. Más que buscar ayuda fuera, atribuyendo a las clases medias, viejas o nuevas, un papel que jamás han tenido, lo que debe hacer el proletariado es reconstruir sus órganos vitales, y sólo puede hacerlo partiendo de esta postura central: si se ha roto el curso histórico que se abrió en Octubre de 1917, es porque los principios que permitieron cumplir los objetivos proletarios en Rusia (cosa que no pudo hacerse en el resto del mundo) se revelaron insuficientes a la hora de aplicarlos en otros países, lo cual ha llevado a un repliegue de Rusia sobre sí misma, que significa que se ha incorporado a la atmósfera histórica del capitalismo, pues ya hace mucho tiempo que el poder de las clases dominantes de la sociedad adquirió un carácter mundial.

CLASE Y AGRUPACIÓN DE CLASE

Un error de partida muy común consiste en no saber distinguir entre *clase* y *agrupación de clase*. Si comprendemos que estas dos términos definen dos categorías muy diferentes desde el punto de vista histórico, evitaremos caer en el error de apelar unas fuerzas que no representan a ninguna clase, un camino en el que se terminan perdiendo las posibilidades de reconstruir los órganos de aquella formación social que está llamada a hacer la revolución.

El mecanismo productivo da lugar a distintas *agrupaciones de clase*, que son producto de la división del trabajo y de las formas de apropiación de los instrumentos de trabajo. Pero por abundantes que hayan sido y sean aún hoy estos reflejos de la organización económica (por ejemplo, hoy asistimos a la polarización de todos los medios de producción en torno al círculo cada vez más restringido del capitalismo financiero, a la pérdida de poder de los industriales y los terratenientes, a la continua descomposición de los pequeños productores, en pocas palabras, al progresivo desarrollo que da lugar al dominio y la omnipotencia del capitalismo financiero), no podemos olvidar que la vida de la sociedad actual gira alrededor del eje que representa la clase burguesa. El industrial, el terrateniente, el pequeño productor, nunca podrán resolver los particulares problemas de su situación económica, siempre terminan plegándose al despotismo del capital financiero. Este, que representa a la clase desde el punto de vista histórico, es el que determina la marcha de los acontecimientos, mientras que el resto de *agrupaciones de clase* no tienen ningún poder sobre el curso de éstos últimos.

Una *agrupación de clase* es un producto directo y automático de la organización social y de las contradicciones que se derivan de la lucha por el control y la posesión de los medios de producción. Pero entre todas las *agrupaciones de clase* sólo hay una que está llamada específicamente a hacer la revolución, pues su posición como clase explotada determina su objetivo: una organización diferente de la sociedad. Así ocurrió, por ejemplo, con las familias que concentraban la propiedad de la tierra y la propiedad mobiliaria, en el seno de comunidades basadas en lazos de consanguineidad y que poco después dieron lugar al régimen feudal; lo mismo ha ocurrido con los maestros artesanos y los mercaderes que formaban la clase capitalista; y lo mismo ocurre hoy con el proletariado que, surgiendo del trabajo asalariado, se va convirtiendo en clase a medida que va demostrando que es capaz de destruir la sociedad capitalista y construir una nueva sociedad.

En la antigüedad, al igual que hoy en día, se produjeron luchas y numerosas revueltas de otras formaciones sociales. Pero estas luchas, que eran el resultado inevitable de las contradicciones sobre las que se levantaban las diferentes sociedades, eran incapaces de modificar la organización social. Se podría añadir que a veces, incluso, aunque los intereses económicos de ciertos grupos sociales estuvieran más protegidos en el antiguo régimen, dichos grupos luchaban junto a la clase ascendente por una nueva organización. Las revueltas de campesinos que terminaron uniéndose a la lucha revolucionaria de la burguesía, la única clase progresista de aquella época, desembocaron en esta paradoja: con la desaparición del antiguo régimen, contra el que luchaban, sucumbían también sus posibilidades de mantener su independencia económica. Por otro lado, aunque las luchas de los esclavos estén entre las páginas más heroicas que se han escrito en la historia, la desaparición de la esclavitud no dependió de ellas, pues a pesar de la victoria de Espartaco frente a Roma los esclavos eran incapaces de construir una nueva sociedad.

Las luchas de los esclavos no tenían futuro, fue la inutilidad económica de la esclavitud la que llevó a su extinción y su sustitución por la servidumbre. Una clase es la síntesis de elementos económicos y políticos. Económicos en lo que respecta a la identidad de la posición que ocupan sus componentes en el

mecanismo productivo, histórico en lo que respecta a la forma particular que adquieren las relaciones frente a la organización económica. Si la burguesía en su época y el proletariado hoy en día son clases, es porque sintetizan una postura particular desde el punto de vista económico, postura que se corresponde con unas relaciones determinadas respecto a los medios de producción: la propiedad privada en un caso y la socialización en el otro. Por tanto, las *agrupaciones de clase* en las que se verifica dicha síntesis son las que pueden acceder al estadio de clase activa de cara a la evolución histórica. Su proceso de desarrollo puede contrarrestarse temporalmente, pero, en definitiva, de él depende que la humanidad retome su marcha de progreso.

CLASE Y SOCIEDAD

La vida social es un atributo directo de la especie humana. Su historia no es más que la sucesión progresiva de diferentes formas sociales. La sociedad precede a la clase no sólo desde el punto de vista cronológico, sino también esencialmente, pues el hombre es inconcebible al margen de sus relaciones con otros individuos, es decir, al margen de la sociedad, y el individuo humano, lejos de depender de sí mismo, depende del medio social.

La sociedad supera, pues, la noción de clase y, a pesar de que existan contradicciones de clase en un determinado régimen, el problema no consiste en establecer si este régimen es justo o moral, o en cimentar las reivindicaciones sociales de las capas oprimidas; el problema es muy distinto: se trata de ver si existe una contradicción real entre los dos tipos de sociedad y, yendo más allá, si la clase llamada a acometer la nueva organización está realmente en condiciones de cumplir su misión.

Puede ocurrir que el tejido de las contradicciones de clase, su agravamiento, lleve a un impasse como en el que nos encontramos actualmente; quizá para algunos la tragedia actual consiste en que aunque el capitalismo ya no sabe gobernar, el proletariado tampoco. Pero para nosotros, que permanecemos exclusivamente en el terreno de las contradicciones de clase, esta respuesta no es definitiva, pues aunque demuestre –cosa que evidentemente no es difícil– que con la crisis económica la situación del proletariado se agrava terriblemente, no explica por qué este mismo proletariado no es capaz de desencadenar un ataque revolucionario por su liberación.

Y es que hoy, como siempre ha ocurrido, la lucha entre las clases fundamentales no se limita a un simple enfrentamiento entre los intereses respectivos, sino entre dos formas de organizar la sociedad: la capitalista y la proletaria. El proletariado, tanto en la Comuna como en Octubre de 1917, se afirmó como clase revolucionaria porque supo oponer a la sociedad capitalista su forma opuesta: la sociedad socialista.

Sin embargo, la evolución de esta contradicción preestablecida no garantiza que el proletariado vaya a desarrollarse hasta convertirse directamente en clase dominante, pues esto depende de la evolución de la propia sociedad capitalista. Todo el problema consiste en relacionar las **luchas de resistencia** con las luchas políticas, a través de las cuales el proletariado presenta su candidatura a la dirección de la sociedad.

La evolución de las contradicciones de clase no son resultado directo de las contingentes situaciones económicas, por lo que no se puede decir que cuanto más miserable sean las condiciones de vida que se le imponen a los obreros mayor será su capacidad revolucionaria. Estas contradicciones hay que canalizarlas en una lucha que sea al mismo tiempo capaz de defender los intereses inmediatos de los explotados y de sacudir el régimen. Y esto será posible en la medida en que los obreros adquieran consciencia y capacidad para combatir por otra forma de organizar de la sociedad. Esta postura, además, está plenamente

confirmada por los acontecimientos de la posguerra: el periodo de asalto revolucionario coincidió con una situación de progreso económico, mientras que las dificultades con las que se topó el Estado obrero desde 1920, las diferentes crisis económicas, revelaron que a pesar de que el capitalismo era incapaz de permanecer al mando de la sociedad, los obreros no eran capaces aprovechar unas condiciones objetivas más favorables que las de 1919-1920 y se encaminaron a la derrota, lo que nos ha traído a la actual situación. Para poder resolver los problemas inherentes a este escenario hay que poner sobre el tapete los principios de 1917, completarlos y determinar cuáles son las bases necesarias para pasar a la ofensiva contra el capitalismo y construir un nuevo orden comunista tras la victoria.

SOCIEDAD, CLASE E INSTRUMENTO DE TRABAJO

El criterio de discriminación que permite definir los diferentes tipos de sociedad reside en la progresiva evolución de los instrumentos de trabajo; evolución que a su vez determina una forma más desarrollada de apropiación de esos instrumentos de trabajo por parte de las diferentes clases fundamentales de la sociedad. Con el empleo del fuego el hombre se hace “independiente del clima y del medio ambiente” (Engels); más tarde, la aparición de los primeros útiles de piedra, la invención del arco y la flecha, el surgimiento de la alfarería, la cría de ganado, su domesticación, la introducción de los cereales cultivables, permite que los primeros grupos, cuyo carácter comunista reposaba sobre la base social de la consanguinidad de la tribu y cuyas prácticas de vida eran absolutamente democráticas, evolucionen hacia su disolución, una evolución que provocará una distinción entre las familias, hasta que unas pocas logren acaparar la propiedad de los medios de producción. Cuando el esclavo se convierte en un instrumento de trabajo demasiado costoso, pues la agricultura ya se puede beneficiar del empleo de los instrumentos de una industria naciente, la apropiación de estos nuevos medios de producción más desarrollados da lugar a la sociedad feudal. La manufactura y luego la industria, que no soportaban las ataduras del régimen feudal, apelaron a una nueva forma de organización social basada en la disponibilidad de los medios de producción (los inicios del capitalismo, desde el siglo XII al XVI), y luego pasaron a depender de la tasa de acumulación del excedente y la plusvalía. Pero la transformación fundamental que supone la industrialización de los medios de producción, reclama desde el comienzo otra forma de construir la sociedad: surge el proletariado.

Considerar que actualmente en Rusia se desarrolla una lucha de la burocracia soviética, como clase, por conservar los privilegios que ha adquirido, es algo que carece de lógica y de sentido histórico. La clase no surge de un mayor grado de riqueza económica, sino de las particulares relaciones que existen en el mecanismo productivo. Por otra parte, la época en que la sociedad aún permitía que las relaciones en la producción fueran personales y directas desapareció hace ya milenios, y aunque en ciertas colonias inglesas aún podamos constatar que existen castas burocráticas que detentan el poder económico, desde el punto de vista mundial se trata de residuos históricos, unos anacronismos que actualmente carecen de importancia. Lo que ha ocurrido en Rusia es que hemos asistido a una experiencia de gestión social que supera a la sociedad capitalista y que en absoluto se puede comparar con las formas primitivas de sociedad. Si luego otras fuerzas han logrado tomar la delantera al proletariado, que luchaba por la revolución mundial, lo que tenemos que hacer es analizar y buscar las causas, y esto exige un esfuerzo intenso y no declamaciones demagógicas sobre el Estado burocrático en Rusia.

LA NOCIÓN MUNDIAL DE LA CLASE

Evidentemente sería imposible clasificar las diferentes fases sociales de la historia, la barbarie, la antigüedad, el feudalismo y el capitalismo, si la organización social predominante en cada época tuviera que darse a la vez en todas partes del mundo. Incluso hoy, en el periodo en el que se abre la posibilidad histórica

de organizar la sociedad comunista, aún existen formas sociales primitivas en varios lugares y sabemos además que la mayor parte del mundo ni siquiera ha llegado a adquirir los métodos capitalistas de vida social. Pero esto no impide que objetivo de la lucha proletaria sea la dictadura, que permitirá a los países atrasados realizar unos avances gracias a los cuales en unas pocas décadas estas sociedades recorrerán el trayecto que los países de Europa han tardado milenios en recorrer.

El grado de desarrollo alcanzado por los medios de producción y el tipo de organización social correspondiente definen la forma de vida social de toda la humanidad. Su coexistencia con formas sociales anacrónicas en ciertas partes del mundo no solamente no invalida el carácter general de la época, sino que es fruto de la inevitable desigualdad del desarrollo económico, desigualdad que depende de factores atmosféricos, geológicos, biológicos, que pueden ser controlados hasta cierto punto si el impulso del desarrollo económico en los países más favorecidos por las condiciones naturales permite superar estos factores naturales negativos que provocan el retraso económico y social. Evidentemente es imposible llevar las minas de carbón europeas a Sudáfrica, pero sí que se puede reemplazar el carbón por otras formas de combustible y emplearlas en los países que no se pueden organizar económicamente sobre aquella base.

El carácter mundial de la clase se verifica históricamente, y además de manera indiscutible. El Imperio Romano representó un ensanchamiento desmesurado de la formación gentilicia, que evolucionó sobre la base de las familias. Aunque la pequeña industria urbana y el comercio estaban bastante desarrollados, estas clases no eran capaces de dar lugar a una sucesión histórica, no tenían fuerza para lograr que la sociedad evolucionara hacia el feudalismo. Esta renovación se efectuará desde el exterior. Pero las tribus germánicas que invadieron el Imperio Romano no mantuvieron su sistema de organización social, anterior al que tenían ante sí, sino que asimilaron rápidamente toda la civilización romana y, desmembrando su imperio, permitieron la evolución hacia la nueva sociedad servil del feudalismo. En aquella época, la clase llamada a ejercer el poder eran los terratenientes, y los germanos abandonaron inmediatamente las bases de su constitución gentilicia para convertirse en los protagonistas de la evolución de la sociedad romana hacia el feudalismo.

En la época de la victoria de la revolución burguesa se verificó de nuevo este fenómeno que demuestra la noción mundial de la clase. Países tan lejanos como los de América se saltaron varias etapas hasta llegar a la total expansión de la sociedad capitalista. La Guerra de Secesión no fue entre una economía esclavista y una economía feudal, sino que fue la sociedad capitalista quien venció a la esclavitud, saltándose el feudalismo.

La oposición actual es entre la sociedad capitalista y la sociedad proletaria, y este dilema se plantea en el mundo entero. En las colonias y en los países atrasados, la fuerza motriz reside en los primeros grupos de obreros que pueden apoyarse en el inmenso progreso industrial del resto de países y en la fuerza del proletariado mundial. Evidentemente estos países atrasados deberán pasar por fases intermedias antes de llegar a la sociedad proletaria, pero estas etapas no se podrán franquear si el proletariado –por más débil que pueda parecer comparado con otras formaciones sociales desde el punto de vista numérico– no conquista el poder. La experiencia de la revolución China es definitiva a este respecto. Las derrotas del proletariado chino han venido acompañadas del desmembramiento de China; y es precisamente Chiang Kai-shek, el verdugo de los obreros chinos, expresión de la burguesía en ese país, el que demuestra que el capitalismo es incapaz de llevar a cabo esta tarea típica de la burguesía, es decir, la independencia nacional. La liberación de China de los tratados imperialistas no es posible más que bajo la dirección del proletariado y en el transcurso de la lucha por la revolución mundial.

La instauración del Estado proletario en Rusia no abre una fase de oposición irreconciliable e indisoluble entre los Estados capitalistas y la Unión Soviética. **Esta oposición depende de la política que desarrolle el Estado obrero.** Si éste, que empezó tomando el camino de la lucha por la revolución mundial, hubiera permanecido fiel a su programa inicial, la lucha sería inevitable, pues los órganos de la clase obrera se habrían desarrollado en torno a Rusia. La expansión del Estado ruso se entrelazaría con la victoria revolucionaria en otros países, y en este contexto histórico se crearían las formas de la nueva sociedad comunista.

Pero Rusia ha cambiado su bandera de lucha. Renunciando a la política revolucionaria en todo el mundo, ha logrado ser admitida en el concierto de los Estados capitalistas, y así el centrismo puede desplegar hoy su demagogia sobre las victorias del Estado obrero, cuando éste ya ha sufrido la más aguda de las derrotas en la lucha tras modificar los principios programáticos en los que se basaba. Actualmente, la clase que domina desde el punto de vista mundial es la capitalista. Al igual que sucedía cuando dominaban otros, el capitalismo realiza su función en el marco de unas contradicciones inherentes a su sistema. El hecho de que haya grupos imperialistas que se hagan la guerra entre sí no significa que dejen de ser Estados capitalistas. De la misma manera, el hecho de que coexistan los Estados burgueses y el Estado obrero no altera en absoluto el carácter del dominio de clase en el mundo entero. Es cierto que en Rusia los fenómenos económicos y políticos no son los típicos del régimen capitalista, pero cuando la orientación del Estado obrero ya no va encaminada a apoyar al proletariado de todos los países para que estalle la revolución, sino a buscar apoyos capitalistas para que los dos regímenes coexistan pacíficamente, a industrializar el Estado obrero mientras el proletariado es estrangulado en todas partes, entonces se cumplen las condiciones que permiten que Rusia se incorpore al sistema capitalista mundial y se convierta en un factor esencial de la situación actual.

El deber del proletariado es consolidar las posiciones políticas alrededor de las cuales deben gravitar las luchas y salir victoriosas. Las contradicciones de clase aún provocan movimientos de masas, y la experiencia austriaca demuestra que, a pesar de la total ausencia de un partido de clase, los obreros aún son capaces de desencadenar formidables batallas. Pero a pesar del estallido de dichos movimientos y el grado que han alcanzado las contradicciones del capitalismo, la evolución de estas luchas hacia la victoria no es posible si la vanguardia –actualmente las fracciones de izquierda– no desarrolla antes un indispensable trabajo ideológico encaminado a construir el armazón de la clase, la estructura que, cuando esos movimientos estallen en contingencias favorables, hallará todo un ejército de obreros que no espera más que una dirección consciente para triunfar y que desgraciadamente, hasta ahora –al margen de Rusia en 1917–, no ha encontrado los organismos que deben realizar este trabajo previo e indispensable para la victoria de la revolución.

“Sí, a la clase obrera no la separa del la vieja sociedad burguesa una muralla china. Cuando estalla la revolución social, no ocurre lo mismo que cuando muere una persona, que se coge su cadáver y se entierra. Cuando la vieja sociedad perece no se pueden meter sus restos en un ataúd y llevarlos a la tumba. Se descompone entre nosotros, se pudre, y su putrefacción nos afecta. En ninguna revolución ha ocurrido de otra manera porque no puede ocurrir de otra manera. Esto es precisamente contra lo que debemos combatir para salvaguardar y desarrollar las semillas de lo nuevo en medio de esta atmósfera, infecta con los miasmas de un cadáver en descomposición. Y he aquí que, ahora, los elementos de esta podredumbre literaria y política, los que participan en el lamentable juego de los partidos políticos – empezando por los cadetes y acabando en los mencheviques–, intoxicados por estos pestilentes miasmas, se atreven a ponernos trabas.”

La lucha por el pan, discurso pronunciado por Lenin en el C.C.E. Panruso de los soviets.

¿UNA CUARTA INTERNACIONAL O LA RÉPLICA DE LA TERCERA?

Publicamos a continuación un estudio de un camarada holandés. Inicialmente se publicó en el Boletín de la Liga de Comunistas Internacionalistas de Bélgica, pero por falta de espacio no ha podido completarse. El Boletín de la Liga presenta al autor, el camarada Soep, como un viejo socialista, “militante de la izquierda socialdemócrata antes de la guerra, uno de los primeros comunistas y uno de los fundadores del movimiento comunista en Bélgica, lo que le valió el honor de ser expulsado del país, honor que le debe además al cariño fraternal de uno de sus antiguos compañeros de partido, Emile Vandervelde... a la sazón ministro de Justicia”.

Cuando se termine de publicar este estudio esperamos poder dar nuestra opinión sobre algunos problemas que plantea.

LA REDACCIÓN.

Si es verdad lo que cuenta la tradición, durante el Congreso de la Haya de 1972, después de tomar la decisión de transferir el Consejo General de la Primera Internacional de Londres a Nueva York, lo cual dio inicio a la dispersión de esta primera organización mundial de trabajadores, respondiendo a alguien que le preguntaba si no era “lamentable” que desapareciera esta gigantesca primera organización, Marx declaró:

“Que es un acontecimiento lamentable, nadie lo duda; y sin embargo, podría llegar a repetirse.”

Esta respuesta ha demostrado ser profética.

La magistral formulación de los objetivos de esta primera **Asociación** –como indican el nombre y los estatutos– Internacional de Trabajadores empezaba así:

“Considerando:

“Que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos;

“Que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios y monopolios de clase, sino por el establecimiento de derechos y deberes iguales y por la abolición de todo privilegio de clase;

“Que el sometimiento económico del trabajador a los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir de las fuentes de vida, es la base de la servidumbre en todas sus formas, de toda miseria social, degradación intelectual y dependencia política;

“Que la emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, el gran fin al que todo movimiento político debe ser subordinado como medio;

“Que todos los esfuerzos dirigidos a este gran fin han fracasado hasta ahora por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes ramas del trabajo en cada país y de una unión fraternal entre las clases obreras de los diversos países;

“Que la emancipación del trabajo no es un problema nacional o local, sino un problema social que comprende a todos los países en los que existe la sociedad moderna y necesita para su solución el concurso teórico y práctico de los países más avanzados;

“Que el movimiento que acaba de renacer entre los obreros de los países más industrializados de Europa, a la vez que despierta nuevas esperanzas, da una solemne advertencia para no recaer en los viejos errores y combinar inmediatamente los movimientos todavía aislados:

“Por todas estas razones ha sido fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores.”

Esta formulación, que para nosotros es magistral, tenía un alcance histórico mundial y era de una profundidad psicológica poco común. Y sin embargo, se convirtió en una fuente de división ideológica.

Esta Asociación de Trabajadores europea, de débil andamiaje (lo que no es cuestión de demostrar aquí), no fue la creación de un puñado de jefes tocados por la gracia del Espíritu Santo, por más que la reacción dijera que no era más que el instrumento de una “banda de dinamiteros”. Los documentos nos revelan que la Primera Internacional no fue obra de nadie, ni tampoco resultado de acontecimientos políticos accidentales, como la cuestión polaca y el enfrentamiento entre nacionalidades, como pretendían numerosos socialistas y anarquistas. Fue la culminación orgánica de las luchas teóricas y prácticas emprendidas por el movimiento obrero inglés desde el primer cuarto del siglo XIX, de las luchas de los obreros ingleses por el aumento de los salarios, luchas que implicaban, de rebote, a los obreros del continente en esta batalla económica*.

La idea de una Internacional de Trabajadores flotaba ya en el aire desde hacía medio siglo, tanto en Inglaterra como en el continente. Tras la desaparición de la Liga de los Comunistas, la clase obrera francesa, preocupada sólo por la lucha política, vivió un momento de desmoralización. Los obreros alemanes aún no había salido más que a medias del “pantano” medieval. Sólo algunos soñadores como Weitling y Schapper se

* Léase al respecto el estudio de Riazanov: *Marx y Engels*.

agitaban. Todo el peso de la lucha ideológica reposaba en unos pocos individuos como Marx y Engels, a los que pronto se unieron el pre-reformista Ferdinand Lasalle y más tarde Liebknecht. Sólo la clase obrera inglesa disponía de una tradición proletaria insurreccional con la rotura de máquinas, las huelgas textiles, las luchas por el derecho de asociación y sobre todo el cartismo. No por ello se dejó de lado la clarificación teórica, y es que cuando nos asomamos a la historia de este periodo vemos reflejados los problemas de nuestra propia época: sindicalismo revolucionario o sindicalismo de base amplia, huelga general, fuerza física (revolución) o fuerza moral (reformismo), etc.

En este ambiente abigarrado formado por las ideologías inglesas, francesas y alemanas, a las que hay que añadir las de los pequeños Estados como Bélgica, el famoso “paraíso capitalista”, e Italia, diseminada y con sus diversos héroes políticos –prototipos del “Duce”, sean nobles o no–, resumiendo, en medio de este ambiente surgió una nueva tendencia capitalista, portadora de una nueva expansión. Hacia 1860 esta tendencia necesitaba orden y reposo para establecer su poder. Se iniciaba el periodo “democrático” de construcción capitalista a escala nacional, dando a los trabajadores cualificados esperanzas reformistas y de igualdad de derechos.

La Primera Internacional era expresión de quienes veían más allá, pero no todos poseían todas las cualidades y entendimiento necesario. Su legítima voluntad de lograr sus fines era inversamente proporcional a su capacidad. No es posible reflejar aquí las vicisitudes de las luchas ideológicas que se desarrollaron de 1864 a 1872 en la Internacional. La gran mayoría de su dirección estaba marcada por el ambiente del que procedía. Incluso parece que Marx y Engels tampoco supieron superar su propia mentalidad. Su obcecación en ejecutar, a pesar de todo, la decisión de trasladar el Consejo General de Londres a Nueva York, que no era más que una medida dirigida contra la influencia de los aliancistas (la Alianza fundada por Bakunin), debe considerarse **hoy** como un gesto incorrecto. Bakunin, es cierto, fue un ideólogo por excelencia. Tenía una voluntad impulsiva, pero leal, heroica, elemento indispensable para la lucha por la emancipación del proletariado. Era víctima del negativismo ruso y de un estrecho hegelianismo que veía en la **destrucción** el elemento creador, hasta el punto de pensar que el “nuevo mundo” no podía surgir más que de las ruinas de una exterminación absoluta. Ningún hombre con conciencia social, ningún socialista o comunista, puede aceptar semejante nihilismo.

Marx y Engels, el primero sobre todo, habían llegado a una edad en la que la fatiga física empezaba a pesar, a la vez que se debilitaba el factor combativo de este gigante intelectual. El mar de sangre de la Comuna y la reacción mundial no fueron ajenos a este drama, por otra parte.

Así desapareció este gigantesco primer intento de convertir al proletariado mundial en una fuerza política independiente, experiencia que se sustentó en los principios del *Manifiesto Comunista* y en el análisis económico de *El Capital* (1ª parte), cuyo aliento y espíritu habían inspirado el “Manifiesto inaugural”. En el primer Congreso de la Segunda Internacional, que se celebró en París en 1889, el viejo Liebknecht daba esta emotiva descripción: “De la misma forma que en la antigüedad, durante las batallas y los sitios, la vanguardia lanzaba sus flechas por encima de las murallas, lejos, al campo enemigo, para que el grueso de los ejércitos sitiadores pudiera avanzar, así la Asociación Internacional de Trabajadores clavó la lanza de la liberación internacional en mitad del bastión capitalista, y el proletariado la siguió en esta lucha para dividir el ejército enemigo y asaltar su fortaleza. La Asociación Internacional explicó a la clase obrera sus fines sociales, mostró que es necesario luchar, cumplió su misión. No ha muerto, sino que vive en los potentes

movimientos obreros de todos los países y se perpetúa en esta Internacional. Vive en nosotros. Este Congreso es obra de la clase obrera internacional.”⁷

No podemos comprender un fenómeno correctamente si no enfocamos el proceso en su conjunto; por eso hemos tratado de definir a la Primera Internacional. Gustav Jaechh, un historiador alemán de la Primera Internacional, dogmático y simplista, al final de su libro *“La Internacional; Memoria sobre el cuarenta aniversario de la formación de la Asociación Internacional de Trabajadores”*, da una perspectiva de la Segunda internacional que merece ser citada aquí, sobre todo porque proviene de los círculos revisionistas alemanes que emprendieron la lucha contra el marxismo.

“Esta nueva Internacional es también obra de la Asociación Internacional de Trabajadores.

“Ya en la época de la vieja Internacional, la idea de internacionalismo se había modificado. Antes, su naturaleza y su función consistían en la máxima centralización posible del proletariado internacional, con el fin de poder lanzar inmediatamente todo el poder de la clase obrera organizada en los puntos concretos donde se desencadenara una lucha económica de clases. Tras la formación de los Estados burgueses nacionales, la lucha de la clase obrera se convirtió en todas partes en una lucha sobre todo de carácter nacional y adoptó necesariamente la forma de lucha electoral, de lucha parlamentaria. Los movimientos obreros que se resistieron, como los de Bélgica, Italia y España, tuvieron que plegarse ante esta ley histórica. De esta forma, la nueva Internacional es más bien una laxa aglomeración de partidos nacionales consolidados, mientras que el secreto de la fuerza de la vieja Internacional residía en su potente centralización. A la nueva Internacional lo que le mueve es la acción política; la vieja Internacional demostraba su fuerza sobre todo en las luchas económicas.

“Pero a su vez, esta forma superior de partido político se corresponde con una determinada fase de la historia, resume toda una escuela de organización. El proletariado sabe que sus últimas batallas se librarán en un terreno parlamentario y que los Estados nacionales de la burguesía no son la forma más desarrollada del dominio burgués. La organización del proletariado en clase es la única que puede proporcionarle la victoria decisiva. Pero la organización del proletariado en clase a escala internacional no puede realizarse como lo hizo la vieja Internacional, es decir, partiendo de los primitivos antagonismos económicos, así como tampoco puede hacerse del modo unilateralmente político, haciendo que predomine la acción política como hace esta nueva Internacional; se realizará en un estadio superior, el tercero, mediante una combinación de lo económico y lo político aplicada a la acción internacional, como reclamaba la resolución de Vaillant en el Congreso de La Haya. La burguesía se prepara también para esta última etapa. Para la burguesía ya no existe problema político que no tenga repercusiones internacionales. Las luchas por los derechos proteccionistas o por la libertad comercial hace mucho que no les llevan a aislarse nacionalmente; ya no es una lucha entre agricultura e industria, entre las ciudades y el campo, sino una lucha en la que los terratenientes se entienden con la gran burguesía para estrangular a las masas trabajadoras con la ayuda del poder del Estado organizado. Se ha convertido en una parte de la lucha de clases general que en todos los países disuelve los viejos partidos de la burguesía y se convierte en el punto en el que cristalizan y se forman los nuevos partidos burgueses.

“En todos los países, esta lucha está ligada al imperialismo, que no se sacia con su rico botín de usura, pan y monopolio. La lucha por los derechos proteccionistas o la libertad comercial se ha convertido en un movimiento internacional.

⁷ Gustav Joeckh. *Die Internationale*, Leipzig 1904.

“Estos cambios tenían que modificar la propia naturaleza del parlamentarismo. Hace mucho tiempo que la representación popular dejó de ser un punto estratégico de la burguesía en su lucha contra la corona y el poder estatal. Los gobiernos escapan del control financiero de los parlamentos gracias a un sistema que les proporciona recursos por vía indirecta, y la burguesía ya no está interesada en respetar su anterior doctrina parlamentaria. Así, esta institución burguesa se ha convertido, a su vez, en un aparato de Estado clasista, y este Estado clasista es internacional.

“La guerra ruso-japonesa nos muestra hasta qué punto llega este espíritu de clase de la burguesía. Antes, la burguesía razonaba como ciudadano del mundo, luego nacionalmente, y ahora a lo chovinista. Hoy se siente una clase, sólo una, y este sentimiento prevalece sobre el resto. A Rusia, que tantos disgustos dio a la burguesía ascendente cuando era el centro de la Santa Alianza, se la honra hoy de nuevo como el último reducto del dominio de clase. Los proletarios rusos, al rebelarse contra el zarismo, son más peligrosos para el burgués alemán que los cosacos o los culotes rojos (soldados franceses).

“Así, navegamos a todo trapo hacia el tercer y último periodo, el de los trust y los cárteles internacionales contra los cuales los sindicatos se organizan internacionalmente. Es el periodo del imperialismo, de la política mundial de la burguesía, en la que el proletariado opone su política de paz y de cultura a la política mundial de mano armada. Esta última fase del reinado de la burguesía se podrá superar si se sigue esta premisa, modestamente formulada en el “Manifiesto inaugural” como futura tarea: “Ponerse al tanto de los misterios de la política internacional, vigilar la conducta diplomática de los respectivos gobiernos, combatirla si es preciso con todos los medios al alcance.” Esto supondrá el triunfo de la cultura sobre la barbarie, de la paz sobre el militarismo y el marinismo, de la Comuna del trabajo y la libertad sobre el Estado clasista de explotación y opresión, de los esclavos asalariados sobre la esclavitud parasitaria. La Internacional no es sólo un recuerdo del pasado, o una adquisición del presente, sino también una tarea futura; en ella se realiza el objetivo final del movimiento obrero: la superación de los antagonismos nacionales mediante la liquidación de los antagonismos de clase.”

Nos llevaría mucho tiempo dar una idea histórica general sobre la consolidación política y económica que se produjo durante el último cuarto del siglo XIX. La Segunda Internacional creció sobre un terreno nacional, pero sus jefes, sobre todo Liebknecht, Bebel y demás, estaban moralmente imbuidos del espíritu y la psicología política de la Primera Internacional. Eran sus alumnos.

El curso histórico del movimiento obrero, a través de la desaparición de la vieja Internacional, la destrucción de las corrientes socialistas francesas y el aburguesamiento del movimiento obrero en Inglaterra, colocaron en primer plano al movimiento alemán y le concedieron el papel dirigente en la nueva Internacional. Este hecho es de importancia capital, y conviene prestar todo el interés que merece a esta influencia que tenían los medios dirigentes alemanes. Marx nos enseñó a no juzgar un fenómeno social o político sólo por sus resultados, sino más bien por el desarrollo histórico de las fuerzas que lo engendran y lo acompañan. En su brillante crítica filosófica a la “ideología alemana”, Marx recordaba a los filósofos alemanes que para que los hombres puedan hacer su historia se deben dar las condiciones que permiten el surgimiento de dicha historia. Para vivir, es necesario que existan los medios materiales que condicionan dicha vida. Así era hace cien mil años y así sigue siendo hoy en día. Marx sabía también que el factor material, aunque es un factor predominante, no es la única categoría que existe. Con la satisfacción de las necesidades materiales primordiales, estas necesidades aumentan. Se tiende a aumentar, mejorar y afinar el elemento material. Esto, a su vez, provoca la reacción de la experiencia y la conciencia, que se convierten en

poderes independientes que impulsan la existencia material. Por ello Marx llamaba a su método de análisis materialismo, no ya **económico**, sino histórico o dialéctico, que para él eran equivalentes.

Por tanto, quien quiera explicar la historia deberá empezar señalando cómo y con qué medios los hombres hacen su vida. Y esta es una regla que hay que aplicar también a la historia de la Segunda Internacional.

II

Si explicáramos el desarrollo de la Segunda Internacional y de sus jefes sólo con el epíteto de traición, nos quedaríamos cortos. Quienes así proceden –como hacen algunos hoy con la Tercera Internacional– manipulan de manera demasiado subjetivista la dinámica histórica de los años 1889 a 1914.

Nadie se atrevería a decir que Bebel o Liebknecht, y en principio ni siquiera Bernstein, intentaron convertir conscientemente la doctrina socialista en algo mecánico y rebajarla a la altura de una ideología pequeñoburguesa. El análisis histórico confirma que la dirección que imprimieron Bebel y Liebknecht al movimiento socialista –a pesar de haber sido alumnos de Marx y Engels–, subordinándolo prácticamente y ligándolo psicológicamente a la ideología del “Estado popular” de Lasalle, no era en esencia específicamente alemana, ni tampoco prusiana. Los hombres no pueden deshacerse completamente de sus viejas tradiciones y de sus viejos ídolos si no es a través de un proceso ideológico completamente nuevo. Bebel y Liebknecht –por nombrar sólo a este par de hombres honestos– no lograron extirpar del todo el amargo chovinismo del movimiento obrero alemán, a pesar del episodio de las leyes de excepción contra los socialistas y su escandalosa renuncia a cualquier patria. En aquel entonces, en el contexto nacional, la clase obrera reclamaba una mejora económica y política de la situación material y moral.

Hacia 1890, las “juventudes” aportaron pruebas morales del aburguesamiento del partido y de su contagio de chovinismo. F. Domela Nieuwenhuis, que apoyaba a estas “juventudes”, tenía razón cuando dio la voz de alarma en su libro: “Socialismo en peligro”. Pero las masas no advertían este peligro. Cuando el partido iba de triunfo en triunfo (¡parlamentario!), era normal que las masas lo consideraran como el instrumento predestinado para su emancipación. Los obreros que tienen una profesión son los que suelen verse más atraídos por la organización, guiados por el deseo de hacer valer directamente su mérito profesional. Por eso suelen estar más predispuestos a dejarse arrastrar por las ilusiones reformistas que los obreros que pertenecen a algún partido político, a quienes al menos de vez en cuando se les menciona ese lejano objetivo final del movimiento.

El reformismo no es más que la rebaja pequeño burguesa de los objetivos socialistas y su adaptación a la ideología y a la práctica capitalista. Visto desde el ángulo de la dinámica histórica del movimiento obrero, es el reflejo de los deseos y necesidades inmediatas de los obreros, que la dirección transforma en predisposición a la burocracia.

Hablaremos más profundamente de la dirección del movimiento, de los jefes. Pero es importante subrayar que la práctica reformista ya existía antes de la campaña internacional del revisionismo teórico. Ni Kautsky, ni Bernstein aportaron nada nuevo. Lo suyo no eran más que sofismas en los cuales trataban de embutir algunos esquemas teóricos de Marx. Pero en lo que respecta a la comprensión de la realidad, nadie sabe para qué servían estas “teorías”. Sólo los rusos Plejanov y Lenin, y sobre todo Rosa Luxemburg, supieron seguir el hilo de Ariadna a través del laberinto espiritual de esta escuela escolástica. Bajo la aureola

de la política democrática parlamentaria se desarrollaba y se reafirmaba nacionalmente el capitalismo. Tras los bastidores de este pacífico parlamentarismo se concentraba todo el potencial inherente a los agrupamientos capitalistas nacionales que se ven atrapados en la concurrencia mundial. Tenían que hallar el modo de extender las fuerzas de producción, ahogadas en el marco del mercado nacional, y encontraron una salida en el imperialismo.

El imperialismo político es al imperialismo económico lo que las sombras a la luz, aunque a veces las sombras parezcan independientes de la luz. El capital se parece a aquel héroe de Goethe que quería hacer el bien pero engendraba el mal, y a veces hacia el bien cuando quería hacer el mal. El demonio que posee al capitalismo ha confesado que su obsesión es conquistar el mundo.

La dirección de la Segunda internacional creyó que podía hacer frente a estas fuerzas sociales objetivas únicamente con su fuerza ideológica. ¿Acaso no pensaba que con una cierta cantidad de diputados, sindicatos y dinero en las potentes cajas de la organización se podría conjurar el peligro de una conflagración? ¿Y no había puesto todas sus esperanzas en la diplomacia política? En su último discurso, pronunciado en el Cirque Royal de Bruselas algunos días antes de comenzar la guerra, Jaurès expresó estos pensamientos con esta frase: “¡Aguardad, camaradas, y veréis de lo que es capaz la diplomacia socialista!”. Karl Liebknecht le respondió en 1915: “Hay entendidos que creen que pueden impedir esta obra satánica de los diplomáticos, y sin embargo, basta un solo ademán y los primeros se transforman en marionetas de los últimos”. ¡Y era verdad! Los jefes de la Segunda Internacional siempre creyeron que disponían de fuerza. Las resoluciones de Stuttgart (1907) y de Bâle (1912) fueron la culminación de este tipo de declaraciones de supuesta fuerza.

Habría que preguntarse: ¿se equivocaban adrede estos jefes cuando presumían de fuerza? ¿Acaso su confianza era impostura, como pasaba con los hechiceros de las épocas primitivas? Hay que tener en cuenta los reflejos psicológicos de los jefes que se ven llamados a dirigir a las masas. Las necesidades de estas masas se modifican continuamente, mientras que ellos, los jefes, continúan viviendo de esas ideas que les dieron el poder pero que ahora contradicen los intereses de las masas, y por tanto a la clase. El profesor Robert Michels, en su estudio “Soziologie des Parteiwesens”, se propone demostrar el proceso psicológico por el que pasaron los jefes de la Segunda Internacional, apoyándose en una serie de material relacionado con la estructura y el funcionamiento interno de los partidos de la mayor parte de los países de Europa Occidental.

Semejante deriva era imposible que se produjera en Rusia. La ilegalidad hacia la que el despotismo ruso empujaba al movimiento socialista, suprimía la base orgánica necesaria para semejante transformación. La clase obrera, y sobre todo su vanguardia –incluso gente tipo Martov y los sindicalistas– sabían que era absurdo trasplantar las doctrinas bersteinianas a Rusia. Por otra parte, el análisis implacable de Lenin y sus críticas a Martov encontraron un apoyo inmediato en la vanguardia socialista. Esta circunstancia, así como la situación social rusa antes de la guerra, permitieron que los bolcheviques desarrollaran su lucha contra los mencheviques –e incluso contra los mencheviques de izquierda– sin reducirla a querellas intestinas de partido, como ocurrió en Europa occidental. El cretinismo parlamentario, con sus luchas cainitas, la burocratización de los sindicatos siguiendo el ejemplo alemán e inglés, las cooperativas, cuya máxima era: “los negocios son los negocios”, nada de esto se daba en Rusia, o en todo caso de manera reducida. El absceso de las teorías reformistas penetró durante la guerra, gracias a un excesivo nacionalismo.

(Continuará)

A. SOEP

SALUDOS A LA “VERITÀ”

Recientemente, ha aparecido por fin el órgano de la sección italiana de la Liga Comunista Internacionalista (bolchevique-leninista), la edición italiana de la “*Verité*”. Esto supone ya todo un programa, sobre todo cuando uno conoce la evolución de esta última organización, sus innumerables maniobras, embrollos y escisiones, que la han llevado a la actual situación, en la que vemos como pululan por Francia los grupos, ligas, círculos y clubs que aspiran a representar la reacción proletaria frente a la degeneración centrista que ha privado al proletariado de su partido de clase. La aparición de la “*Verità*” parece mostrar que todo está claro en el movimiento comunista italiano, en el que ya existe sin embargo un organismo que lucha desde hace años por reconstruir las bases y los cuadros del movimiento comunista, que además puede reclamar una continuidad histórica en los acontecimientos, las experiencias y las formulaciones programáticas que llega hasta la época de preguerra; un organismo que pasó luego por la experiencia de la guerra, de la revolución rusa, que se consolidó con la escisión del partido socialista, con la fundación del partido comunista, con la construcción de este partido al calor de la guerra civil y de la lucha en el seno de la Internacional por las posiciones de la izquierda, y todo ello desde 1920. Tan clara era la situación en el movimiento comunista italiano que no han dudado en repetir la misma maniobra confusionista que realizó Moscú durante años, a través de Zinoviev, para formar –en contra de la mayoría del partido– un comité de centro-derecha, un plebiscito en el que emplearon unos métodos dignos de Mussolini, en el Congreso de Lyon de 1926.

Una confrontación entre las posiciones de nuestra fracción y las de la corriente que dirige el camarada Trotsky, partiendo de las experiencias acumuladas por el proletariado italiano, quizá habría favorecido la resolución de los complejos problemas que se plantean a la clase obrera de todos los países. Pero la “*Verità*” no está dispuesta a seguir este camino, lo cual no nos extraña, pues las artes del trapacero, del tramposo y del filibustero no se olvidan al mudarse de piel, y los Feroci, Blasco y consortes siguen siendo lo que eran dentro del partido. Si hoy se denominan “bolcheviques-leninistas”, no por ello varía un solo milímetro el papel que desempeñaban cuando se llamaban “bolcheviques-antitrotskistas”.

La editorial “Por la Cuarta Internacional” afirma con impotencia que nuestra posición consiste en “gritar, nada más que gritar” que es necesario reconstruir los partidos de la revolución. Exacto, gritamos. Ellos son los que se lanzan a construir el partido, poniéndose en primera fila cuando de lo que se trata es de sembrar la confusión. Cuando estaban dentro del partido, participaron en todas las maniobras contra Bordiga y Trotsky; luego pasaron a la Oposición, en la que sin el menor pudor político, a través de la lucha contra “los bordiguistas”, intentaron hacerse con los puestos de dirección internacional y de la Liga francesa, tan sólo unos días después de ser apartados de la dirección del partido y de hacer declaraciones “filo-bordiguistas”. Gritamos porque desde que se formó nuestra fracción hemos propugnado, frente a la política del enderezamiento, que lo que había que hacer era reconstruir los cuadros de los partidos comunistas; gritamos porque afirmamos que, igual que ayer, no se pueden reconstruir estos cuadros con la ayuda del partido maximalista, prolongación del “glorioso partido socialista” que nos llevó a las derrotas de 1919-20.

Ellos son los que construyen hoy el nuevo partido, tal y como lo hacían ayer: metiendo ruido y sembrando la confusión para obstaculizar el ya de por sí difícil trabajo de nuestra fracción; instalados en los

puestos dirigentes del partido o de la Oposición; ayer estaban completamente de acuerdo con los adversarios de Trotsky, hoy se unen a Balabanova⁸ para adularle.

En las “Notas sobre el partido del proletariado en Italia” (en las que se apoya a la 4ª Internacional...) se puede leer el siguiente pasaje: “No fue la escisión de Livorno la que dio vida al fascismo italiano, sino que este surgió como resultado de la debilidad de la revolución proletaria provocada por el partido socialista italiano, el único partido de los trabajadores en los años 1919-20.” Y van más allá: “La política del partido comunista consistió en “preferir” a Mussolini antes que a Turati. Sí, esa fue sustancialmente la política comunista hasta la marcha sobre Roma. Ahí están los resultados, que hablan más claro que ningún documento.”

En su artículo, este “cronista” explica que la función del partido consistía en transformar la retirada obrera en una nueva ofensiva revolucionaria, lo que le lleva a afirmar que el error del partido consistió en “preferir” a Mussolini antes que a Turati. ¿Pruebas? Ahí están los resultados, que parece ser que no son fruto de la traición socialista de 1919, sino de la política “bordiguista” que desarrolló el partido. Evidentemente, estas personas aprobaron totalmente el “bordiguismo” hasta que la degeneración de la internacional les permitió participar en la cruzada “antibordiguista” y “antitrotskista”. Pero dejemos esto de lado. El partido, dicen, prefería a Mussolini antes que a Turati. ¿Dónde está escrito? No se sabe, pero es evidente que el partido debería haber preferido el “mal menor” que representaba Turati, aplicar la política de Severing⁹ que tanto ha ayudado a Hitler. Estas personas deberían comprender, de una vez por todas, que para el proletariado no se trata de elegir entre una u otra forma de gobierno, sino todo lo contrario, el problema permanente es el de luchar contra todo gobierno, orientándose hacia la dictadura del proletariado. Si el proletariado apoya a Turati, sólo está preparando la llegada de Mussolini (como se ha demostrado en Austria), y si en cambio realiza un ataque revolucionario contra un gobierno socialista, está preparando la llegada no ya de un Mussolini, sino de un Lenin. Esto es lo que respecta al aspecto que “político” de las notas. Pero en ellas también nos encontramos con esta perla: “¿Golpe de Estado fascista? Imposible. Pero si sucede, será más agua para mover el molino comunista. Así es como hablábamos y actuábamos entonces. Empuñábamos el fusil contra los camisas negras, pero la política “bordiguista”, al meter en el mismo saco a fascistas y socialistas, al emprenderla a puñetazos con los socialistas, abrió entre socialistas y comunistas un foso infranqueable y dilapidó la sangre vertida por la vanguardia proletaria organizada en el partido comunista.” Por cada palabra, una falsificación. Es cierto que, para defender su propaganda, los comunistas han tenido que defenderse también de la violencia de los socialistas, que pretendían impedir la propaganda del partido. Pero hace falta ser carroña para decir que el partido metía en el mismo saco a fascistas y socialistas, cuando la verdad es que gracias a este partido “bordiguista” (?) surgió la iniciativa de reagrupar a los proletarios socialistas, comunistas, sindicalistas y de cualquier tendencia, en torno a la Alianza del Trabajo, alianza que desde el principio topó con la oposición de los órganos dirigentes del partido socialista y de la Confederación del Trabajo. Y aquí no se trata ya de cuestiones políticas, como ocurre con el supuesto aislamiento del partido comunista respecto a las masas en aquella época; lo cierto es que el partido cosechó éxito tras éxito en el seno de las organizaciones proletarias, y todo el capital comunista que queda en Italia se debe al heroico ejemplo de aquellos proletarios que, siguiendo las directivas comunistas, supieron fundar un partido en unas condiciones por las que no estaba pasando el

⁸ Angélica Balabanova, italiana de origen judío ucraniano, fue militante comunista durante los primeros años veinte. Posteriormente pasó a las filas del grupo maximalista del Partido Socialista Italiano.

⁹ Carl Severing, socialdemócrata alemán que durante los años 20 y 30 ocupó importantes cargos políticos, entre ellos el de Ministro del Interior.

proletariado de ningún otro país. Estas falsificaciones demuestran que no tratan de discutir, de confrontar críticamente posiciones políticas, sino que lo que intenta la edición italiana de la “*Verité*” es embrollar y confundir al movimiento italiano. Pero al cieno no se le discute, se le evita. Con gente que ya se ha probado todas las camisas y que incluso es vista con desconfianza por los militantes de la Oposición del resto de países, con este tipo de gente ya hemos arreglado cuentas: que tengan el básico pudor de pasar antes por un lazareto político para desinfectarse de todos los miasmas con los que han corrompido al partido, primero, y a la Oposición de Izquierda después; y si lo que pretenden es abrirse camino a través de los embrollos, la confusión y los escándalos, no merecen otra cosa que el desprecio de los proletarios que han pasado no sólo por las torturas del fascismo, sino también por los ataques envenenados dentro del partido procedentes de los Feroci, Blasco, Santini y consortes, que de pronto, una buena mañana, se despertaron trotskistas 100%.

Pero la “*Verità*” incluye también un saludo del camarada Trotsky, así como una fotografía suya en compañía de Lenin. Trotsky dice que la “*Verità*” es un diario marxista, lo cual quiere decir que nuestro periódico, “*Prometeo*”, no lo es. Se trata de una respuesta indirecta a un documento en el que afirmábamos que Trotsky rompió con el marxismo al proponer la construcción de la Cuarta Internacional en colaboración con las izquierdas socialistas y con formaciones ajenas a las dos Internacionales. Verdaderamente, Trotsky exagera al hablar de diario marxista. ¡No! Es completamente falso que Marx y Lenin construyeran la Internacional siguiendo los procedimientos de Trotsky. Marx tomó la iniciativa de disolver la Primera Internacional y aún vivió trece años después de aquello sin volver a fundar nunca una nueva Internacional. Lenin, tras la traición de la Segunda Internacional, aguardó a la victoria revolucionaria en Rusia para fundar la Tercera Internacional. A la hora de construir el nuevo organismo, Marx y Lenin ni siquiera vislumbraron la posibilidad de hacer un llamamiento a aquellas fuerzas que la experiencia histórica ya había liquidado, que habían acabado su ciclo. Y nosotros, que nos oponemos a toda repetición mecánica, incluso de lo que hicieron Marx y Lenin, nosotros no nos consideramos marxistas por repetir los procedimientos que siguieron nuestros maestros. Lo único que hacemos es exigir argumentos que demuestren que hay que aplicar un nuevo procedimiento. Pero a este respecto no se nos ofrece ninguna explicación política. Por otra parte, ¿no habría llegado ya el momento de hacer una Quinta Internacional, tras el aborto de la Cuarta, de la que el S.A.P. se ha apresurado a salir, en la que el O.S.P. holandés está ya en lucha con el partido socialista revolucionario (bolchevique-leninista) y en la que el N.A.P. noruego y el I.L.P. inglés han adoptado otras orientaciones? Pero no, durante un siglo de luchas proletarias tres Internacionales han visto la luz y todas han supuesto, por los acontecimientos históricos, un ciclo de experiencias. ¡No!, aún no ha llegado la hora, por más que Trotsky diga que para defender al Estado ruso hay que crear una Cuarta Internacional. Pues si nos atenemos a los factores esenciales, es evidente que el ciclo histórico abierto por la fundación de la III Internacional y la revolución rusa aún no se ha cerrado, el Estado ruso aún no ha perdido su carácter de clase.

La fotografía del camarada Trotsky en compañía de Lenin nos parece fuera de lugar. Para nosotros, que tenemos una concepción materialista y no idealista del jefe proletario, es evidente que un jefe proletario, incluso con la genial fuerza del camarada Trotsky, sufre la misma suerte de la clase que le ha engendrado, en este caso el proletariado ruso, una clase que no puede dar más de todo lo que ya ha dado al proletariado internacional. Si un jefe, aunque tenga la fuerza de un Trotsky, en lugar de seguir el camino de Lenin que se resume en la fórmula del trabajo en fracciones, se dedica a improvisar una oposición internacional y una nueva Internacional, caerá en las garras de los mercaderes de la política tipo Molinier, Blasco y compañía. Esta fotografía, por tanto, no puede tener más que un valor histórico y señalar a los proletarios el homenaje que deben a quienes supieron llevarles a la victoria. Pero en las circunstancias actuales, al lado de Trotsky no debería estar Lenin, sino Molinier o su editor italiano Blasco. Y aunque Trotsky

sea un hombre fecundo en recursos y en un futuro no se encuentre a gusto con su actual compañía, no podrá desmentir los hechos presentes: desde hace algunos años, los acontecimientos le han colocado donde está, esa es su compañía.

MÁXIMO SE UNE AL FRENTE DE LA CONTRARREVOLUCION CENTRISTA

Publicamos íntegramente la carta que Máximo ha enviado a la comisión de control del partido bolchevique ruso. Dese hace más de dos años, nuestra fracción había perdido todo contacto con Máximo, quien hoy, en este documento digno de figurar junto a las declaraciones de Zinoviev, aclara la confusión. No hay comparación posible entre su actitud y la de Rakovsky, que pidió entrar en el partido sin renunciar a sus opiniones, justificando este error con la excusa de que participó directamente en la revolución rusa, que según él hoy había que defender pactando una tregua con el centrismo.

Las declaraciones de Máximo, en cambio, suponen una renuncia total, pues las tímidas reservas y ambigüedades están destinadas a desaparecer ante un eventual ultimátum centrista.

Máximo fue expulsado del P.C.R. por reivindicar que era necesario construir fracciones, es decir, que mantenía unas posiciones que superan a las de la actual Oposición rusa. Si hoy pide volver a entrar en el partido no es porque haya modificado su opinión sobre las fracciones (a este respecto se muestra más bien ambiguo), sino porque ha revisado su postura sobre los problemas políticos ligados a la cuestión rusa. A este respecto, acepta totalmente la teoría centrista de la coexistencia pacífica entre el mundo soviético y el capitalista, empleando el mismo argumento que utilizan todos los revisionistas. ¿Acaso no declaraban los austro-marxistas que había que ir de compromiso en compromiso hasta que se desencadenara una defensa frontal?, ¿acaso Severing no decía que había que permanecer a la defensiva para preparar mejor la ofensiva cuando el fascismo lanzara su ataque? ¡Cuando el fascismo lanzara su ataque! Ya hemos visto lo que esto significa: “cuando llegue el momento, allá os las apañéis”. Lo mismo sucederá en Rusia. Cuando llegue la guerra, que no será sino el resultado de esta política de coexistencia con el mundo capitalista, participará en uno de los bloques capitalistas que se enfrenten en la lucha.

Máximo aclara un equívoco que ya duraba dos años. Renuncia totalmente a las posiciones de la izquierda. Lo único que puede hacer la fracción es tomar nota.

LA COMISIÓN EJECUTIVA DE LA F.G.I.

A LA COMISIÓN DE CONTROL DEL COMITÉ CENTRAL DEL P.C.R.

Tras mi expulsión del partido, la experiencia a lo largo de este periodo ha provocado un profundo cambio en mis ideas, que me situaban en la oposición. De manera que, tras una profunda reflexión y plenamente consciente de la seriedad de mi evolución, he decidido pedir mi readmisión en el partido.

Si, por un lado, los fracasos de las fracciones me han hecho comprender su inutilidad y su anacronismo, también he comprendido la inconsistencia de los argumentos que yo mismo había elaborado para apoyarlas, pues no tenía en cuenta los requerimientos de esta férrea forma de disciplina sin la cual los partidos comunistas dejarían de ser estos partidos de acción para transformarse en una palestra de académicos; por otra parte, el estrecho contacto con la construcción de la economía soviética –ocupado como estaba directamente en la producción– me ha convencido de que el desarrollo de las fracciones no sólo aumentaría las dificultades de la construcción del socialismo, sino que crearía un terreno favorable para las maniobras y las trampas de las fuerzas contrarrevolucionarias.

Mi expulsión del partido coincidió con el periodo en el cual se elaboraba febrilmente el programa de acción para las transiciones decisivas que debían llevarnos del periodo de la N.E.P. al de la construcción del socialismo. Yo no tuve en cuenta la disciplinaria que exigía un periodo tan delicado, y no podía ser de otra forma, pues negaba a priori la posibilidad de construir el socialismo en Rusia sin el apoyo de los éxitos revolucionarios en otros Estados capitalistas. Así, en este aspecto, la experiencia de los indiscutibles éxitos logrados, los gigantescos progresos de la industrialización de la agricultura, que garantiza el control sobre el campo, las clases que están en vías de desaparecer y, en general, el reflejo de toda esta situación en la vida social, todo esto me ha llevado a reexaminar los problemas.

Partiendo de una concepción unitaria de la economía mundial, yo contraponía esquemáticamente la construcción socialista y la capitalista, y concluía que eran incompatibles. Así, según este argumento, ante la ausencia de triunfos revolucionarios en los países capitalistas (o al menos en los más importantes), Rusia no podía desarrollar su economía socialista, y desde el inicio se habría visto obligada a coaligarse con los Estados capitalistas, a pesar de sus divergencias. Por tanto, la guerra impedía construir el socialismo, y todo debía desembocar necesariamente o en el triunfo de la revolución en los otros países o en una pérdida más o menos duradera de las conquistas de la Revolución de Octubre.

La experiencia ha condenado, junto a mis previsiones, lo errores doctrinales que los provocaron, y me he convencido de que la unidad de la economía mundial sólo existe potencialmente. La diferencia entre esa potencialidad y la realidad provoca crisis y conflictos entre los Estados capitalistas, y el imposible acuerdo entre ellos permite al Estado soviético, en virtud de una hábil política internacional, coexistir más o menos pacíficamente con ellos y por tanto, a través de grandes dificultades, construir del socialismo. Esto es lo que ha permitido que, mientras perdura la antinomia entre socialismo y capitalismo, Rusia se afirmara como un factor de primer orden en el terreno internacional tanto política como económicamente. Los Estados capitalistas ya no pueden ignorarla, pues bajo la presión de las crisis y de los conflictos se ven obligados a reorientar su política para llegar a una cierta cordialidad con ella. Es previsible que la próxima agresión contra Rusia, que quizá coincida con la guerra entre capitalistas, se encuentre con que el socialismo ya es fundamentalmente una realidad en Rusia, o al menos con que ha llegado hasta un punto que ya no es posible impedir su desarrollo posterior.

Y no considero aquí la hipótesis de que se produzcan esos movimientos revolucionarios y solidarios que, sin duda, provocará la guerra en el seno del proletariado internacional: esto en lo que respecta, en general, a toda la política del Comintern a la que me he enfrentado desde la oposición. Quiero señalar que no es la oposición en sí misma lo que provocó mi expulsión del partido, sino su forma (fracción) y la **coincidencia circunstancial y no de principios** con ciertas críticas de la oposición rusa, ya condenada como “trotskista”.

Subrayo también la incompatibilidad que existe, y que además ya se ha sancionado, entre la llamada Oposición de Izquierda en el pasado y la llamada Oposición de Izquierda Internacional dirigida por Trotsky y la izquierda italiana. Debo añadir que saludo con entusiasmo la nueva campaña por la aplicación de los 21 puntos aprobados en el 2º Congreso para la admisión de los partidos comunistas en la Internacional; así como también apoyo que se continúe elaborando el problema del frente único para evitar las erróneas aplicaciones que desgraciadamente se han producido en el pasado, y que están estrechamente ligadas a la cuestión sindical, un problema que espera una solución más satisfactoria a través de un estudio más cuidadoso de las situaciones, de las experiencias, apoyándose en los postulados de clase, en una actividad disciplinada de las organizaciones del partido que aseguren la influencia necesaria sobre la mayoría de las masas obreras. No veo, en suma, ninguna razón seria para oponerse al Comintern; la nueva orientación de mis ideas, que he bosquejado rápidamente y que podría quizá desarrollar más ampliamente, garantiza que, en un futuro, mantendré mis eventuales divergencias dentro de los límites que permite la absoluta disciplina férrea del partido.

Mi intención no es eludir las responsabilidades de mi pasada actividad fraccional. Pero afirmo que al volver a Rusia he podido entrar en contacto directo con la actividad económica soviética, lo cual me ha ayudado a liberarme de todos los errores y los sofismas que me alejaron del partido.

Moscú, marzo de 1934.

MÁXIMO.

UNA TRAGEDIA DE LA EMIGRACIÓN ITALIANA

El 12 de marzo de 1934 el abogado socialista Clerici murió en unas circunstancias bastante turbias que no fueron aclaradas hasta el 17 de marzo, cuando en un meeting en la sala Bullier el emigrado político Dans Bonfanti murió de un disparo de revolver. Le fueron halladas dos cartas, en las que confesaba haber matado a Clerici y su intención de matar a Cachin, Ferruci, Chauvel, el director del Socorro Rojo internacional y a “dos perros bordiguistas”.

Rápidamente “*L’Humanité*” anunció con gran escándalo el complot policial y Vaillant-Couturier, gran escritor de folletines, relató que en la Bullier todo estaba listo para el asesinato de Cachin: los Cruz de Fuego, los Veteranos, la Juventud Patriota, que ni si quiera los agentes de policía que habitualmente vigilaban a Cachin estaban allí esa tarde. Evidentemente, el complot ha podido desvelarse gracias a las masas del partido. El “*Populaire*” habló de un provocador que jugaba a dos bandas. Y es que en los bolsillos de Bonfanti se halló una cartilla del paro de la C.G.T.U. a su nombre y otra a nombre de Corbetta que permite acceder a los comedores populares organizados por el Fascio¹⁰ de París. Obviamente, para el “*Populaire*”, el proletario hambriento que se hace con una falsa cartilla se vende automáticamente al fascismo: los redactores del “*Populaire*” ciertamente no conocen la miseria y el sufrimiento que padecen los proletarios emigrados. Hay que señalar que nuestra fracción siempre ha defendido, al contrario que el partido, que los emigrados no deben acceder a las obras de asistencia del consulado italiano, pero no por ello vamos a acusar a Bonfanti de haberse vendido al fascismo.

Los centristas saben perfectamente lo que ha sucedido con este hombre. Tras un incidente con los fascistas, Bonfanti fue condenado en 1922 a ocho años de prisión, que purgó en Italia. Fue en la prisión donde se educó políticamente, y se fugó de Italia con la ayuda del partido. Se le envió a Rusia, donde pronto adoptó una particular posición contra la dirección del partido, posición que nada tenía que ver con la de los diferentes grupos opositores. Al salir de Rusia, llegó a Francia, donde fue detenido y condenado. Durante su detención, el centrismo italiano llevó a cabo una “campaña contra los provocadores”, entre los que incluyeron a Bonfanti: el abogado enviado por el Socorro Rojo a su juicio declaró públicamente que el acusado era un instrumento de la policía de Mussolini. Expulsado de Francia, llegó a Bélgica, donde fue arrestado dos veces. Tras el comunicado del partido no encontraba a su alrededor más que una sorda desconfianza. De vuelta a Francia, creyó que Clerici podía ayudarle a limpiar la infamante acusación que pesaba sobre él. Pero Clerici, conociendo el comunicado del partido, no quiso asumir la responsabilidad de aclarar su caso. Y Bonfanti, acosado por todas partes, se agrió, cayó en la desesperación y la locura, mató a Clerici y luego se suicidó.

Este drama punzante nos desvela las terribles condiciones en las que vive la parte más abandonada de la emigración italiana. Un proletario al que ocho años de prisión le han dejado una profunda huella, blanco de todas las persecuciones imaginables, conoce el hambre, la miseria y finalmente, abandonado por todos, cae en la demencia. La tragedia de Bonfanti es una llamada de auxilio de la emigración política a los proletarios de todos los países.

¹⁰ Creado en marzo de 1923 por el gobierno italiano, el Fascio de París ayudaba a los italianos emigrados.